TEMAS

CORDOBESES



COLEGIO
LÓPEZ DIÉGUEZ

Poner en orden la memoria visual de la infancia, el dato que

el dato que se pierde en el repliegue de los días, el país de niños

fantasmas que nos miran desde fotografías de colegio, desde

grupos que el profesor ordena en escalinata de méritos. Unos

nombres de compañeros te vendan todavía, aunque algunos hayan

traspasado ya la puerta ESTRECHA, pero siempre te quedan, en

la niebla de aquellos años, vívidas palabras doctrinales o hirientes,

carteras portalibros, el borrón de tinta sobre la madera del pupitre. Y el

tacto suave de un jersey, la canción de alguien que se aleja, el olor

del pan con el alba desde el horno cercano...

En los años de lluvia y siempre llueve en los recuerdos de la niñez, el arroyo crecido de San Andrés pasaba por el centro de la calzada y mi casa de la calle de las Parras quedaba a la otra orilla, digamos, de la escuela. A la altura de la calle de la Pelota, nombre imborrable en la memoria popular, por más que entonces, como ahora, la calle se llamara Muñoz Capilla, había un pequeño puente que los niños atravesábamos alegres y mojados, las botas altas de cordones chorreantes

del chapotear en los charcos. A veces jugábamos a que el agua moviera pequeñas aspas de latón que ~~quardábamos~~ se guardaban de riada a riada y que nos parecían molinos. Tal era todavía viva la memoria agraria de la ciudad, cercada por el estruendo de las pesadas muelas en molienda de trigo o de aceitunas: Molino de los Ciegos, de Somsueña, de la Alegría. Molinos de Lope García, de Montes, de S. Antonio, ya junto a la escarpa umbrosa del río, calle de los Molinos Alta o baja. Un río bravo en las avenidas o riadas, como la del soneto de Góngora: "Rey de los otros ríos, caudaloso," o doméstico de trabajos y juegos cuando en el estío, por los Arenales, nos llevaban a bañarnos junto a los peñascos de San Julián.

La casa de la calle de los Parras. Mi hermano Antonio de soldado con quepis y capa, alto, alto, y el niño admirando aquel disfraz militar que lo hacía distinto, temerario como los héroes de los cuentos. Y Rafalita y Conchita y Margarita midiendo el patio de los geranios y la celinda, y mirándome hasta el enfado, bajo el alto emparrado que con el verano y las avispas se llenaba prodigiosamente de uvas agrias y fuertes

pero que a mí me parecían dulces como los que rodeaban la hostia santa en los estampas de comunión de mis primos mayores.

La calle de los Parras, limpia de aceras relucientes, con hierbas de verdor entre el empedrado, con casas humildes que habían sido de los frailes de San Agustín, de cruces altas de vigas conventuales y barandas oscuras de solanas dando a los patios olorosos de los jazmines, de pozos hondos y misteriosos, donde siempre una cara incógnita nos asustaba o nos decían: ese eres tú ya ahogado. Agua clara, fresca, barbujeante en el verano y mansa y tibia en las mañanas del invierno.

Y cercana la escuela, dividida en aquellos días en secciones de niños y niñas, los niñas con lazos altos y tiesos en el pelo, los niños de aquellos abrigos o baberos con la franja negra del duelo, imprescindible en el escalafón de años de los lutos.

¿Cuando vé el niño su primer muerto? Lo empujaron hasta una ventana baja de la calle Hinojo, en húmeda casa vinculada a la ermita del Buen Suceso. Allí estaba tendido en el humilde féretro D. Ildefonso, el cura coadjutor de San Andrés, vestido con la casulla morada de la

Cuaresma, atado el cáliz a las manos y me miraba fol y como hacía vivo ~~cuando~~ al salir de la sacristía a decir misa en la pequeña ermita el día de San Expedito, devoción de moda por ~~la~~ aquellos días. Así lo encontraron a hombros por las calles hasta la parroquia, destapada la caja, el difunto cartón ~~empapelado~~ de la ~~cara~~ cara dejaba ver la tecla amarillenta de un diente postizo, entre el grageriano destemplado de los sochantres y sacristanes.

De la misma ermita desaparecida llevaban a San Andrés en los días anteriores al Viernes de Dolores, una imagen de la Dolorosa, sin ninguna algazara procesional, de manera anónima y casi a hurtadillas, aprovechando las horas solitarias de la siesta. Así me la encontré alguna vez, por Francisco del Rosal de manera súbita a la entrada de Señora en su duelo de ~~sobaco~~ sobacos y lágrimas, de trapillo, pero más cercana y maternal que cuando la enjoyaban para los días sacros. Y me volvía a la imaginación el capítulo, tal vez recién leído en el colegio, del ingenioso hidalgo, donde D. Quijote se encuentra también, por los campos yermos, con la Dolorosa, Dama de la Tristeza.

Mi primer profesor fue D. Luis Galiano, atildado y bondadoso, estampa que parecía llegar del siglo XIX, con recortada barba y traje oscuro en la dignidad de la pobreza proverbial de los maestros. Bondad que no le impedía revestirse de autoridad severa y hacer uso sobre la mano extendida del colegial, de la temible y pedagógica palmeta. Alguna vez supo mi mano del calor del castigo.

La clase grande y baja tenía un zócalo verde que nos servía de pizarra y la tiza dibujaba en caligrafías distintas, el entramado desigual del destino.

Una bandeja de pequeños cantones con el abecedario, nos servían para formar palabras donde, sobre la banca, como en un puzle o rompecabezas el niño aprendía la corporeidad de la voz escrita y la traza de los más bellos vocablos: madre, árbol, pájaro, isla.

Los alumnos podríamos ser de 60 a 70, y aún más. Algunos apellidos me vendan imborrables: Trillo, Hernández, Urbano, Extremera, de la Peña, Nevado, Almoguera, Boti, Tinte, el que luego sería famoso futbolista. Genealogías de nombres que se pierden en el acervo y acechonte huracan de la guerra.

De la imagen en sepia de D. Luis Galiano, con su leontina sobre el chaleco y su vigilante paseo, regla en mano, entre los bancos, ascendí, no sé si por méritos o por edad a la 2ª clase. Allí el profesor era D. Rafael Cortés y de él guardo un hondo, casi familiar recuerdo, todavía su cariñosa dedicación al alumno. Lo veo inclinado y atento a corregir los dictados, con mirada casi blanca y nubosa de cegueras anunciadas. Para que le ayudara en su dulzura con aquellos cervales años, llevaba a su hija, jovencísima y sonriente. Ante tanta confianza lo clase alborotadora de por sí se rendía y cantábamos himnos a la patria y a Córdoba, o bien entonábamos en soniquete adormecedor la tabla de multiplicar. La hija de D. Rafael Cortés fue sin duda para toda la clase, ese inolvidable proceso amoroso que se establece, indefinido y vago, entre el colegial de babero y mocos y su primer educadora. Hay un poema de Federico García Lorca que se titula "Escuela" y es un diálogo entre el Maestro y el niño. De alguna forma me remite a aquellos días. Dice así:

Maestro - ¿Que doncella se casa
con el viento?
Niño - La doncella de todos
los deseos.
Maestro - Decid como se llama.
Niño - Su nombre es un secreto

D. Felipe García-Gill, grueso, calvo a lo Mussolini, con traje de rayas y bastón, era el maestro de la 3ª clase. Se subía a la tarima de autoridad que elevaba su bulto y colocaba el bastón sobre el tablero de la mesa. Lograba impresionarnos a diario con su llegada de caudillo pero luego era todo miel. Su enfado era solo para el lector torpe que tropezaba, cómico, en los capítulos quijotescos. D. Felipe era un cervantino de devoción y día atento, y con el mismo gusto de una primera lectura, los ~~[illegible]~~ malandanzas del hidalgo. Pasados el tiempo fui muy amigo de su hijo Gabriel García-Gill, periodista del diario "Córdoba", poeta, traductor de la Unesco. Durante muchos años fuimos compañeros inseparables con Ricardo Molina y Juan Bernier en tentativas literarias.

No recuerdo si los cambios de clase coincidían con un nuevo curso o al elevar los conocimientos. El aula 4ª estaba dirigida por D. Luis Alonso, tal vez un poco cojo y del que conservo un retrato borroso. Un buen día aparecía por la escuela - y esto era una fiesta - un fotógrafo de los de máquina con trípode y paño oscurecedor. En el patio, por aquello de la luz, se fingía una clase con tarima y escritorio y

como fondo de escenario un caballete con el mapa de España. En esa foto está D. Luis en su sitio de despacho y yo, alrigo respingón y tonvisa, señalando al azar con un puntero un río o una cordillera.

Azar que me llevaría hasta la 5ª clase, regentada por D. Luis Rodríguez, persona eficaz en imbuir a los alumnos un sentido de emulación casi deportivo. Bajo su arbitraje conseguía siempre los primeros puestos – nunca el primero – pues mi mala letra de la que estoy tan orgulloso, me alejaba de ese privilegio, a pesar de tantas planas emborronadas de borlotes y de tanta imitación de caligrafía inglesa.

Con una primavera lluviosa desapareció de la clase el retrato de D. Alfonso XIII y a los pocos días colocaron un gran ~~cuadro~~ cuadro de la república en colores, gorro frigio y sandalias, abundante escaceñido, balanza en el fiel y bandera ondulante con franja morada. El león, sumiso, parecía besar los pies y la túnica, a semejanza de las ilustraciones de los libros con los mártires en el circo romano.

Llegó la república el 14 de Abril de 1931 y yo me veo en el Recreo,

para presenciar una como procesión cívica que subía desde el convento de Sagunto. Recien terminada la Semana Santa, aquello me pareció muy semejante con las mismas bandas de tambores y trompetas, las marchas, las banderas nuevas con el morado que decían venir de los comuneros, los retratos de Galán y García Hernández en marcos en coronas de laurel y de víctores. Todo un tanto desluci do en el conocido, tradicional, sin entusiasmo cordobés.

Pasado un año
~~Hace cinco años~~, en el primer aniversario republicano, se convocó a los niños de las escuelas públicas para que fuéramos a cantar el Himno de Riego, entonces nacional, en la plaza de las Tendillas, llamada como era de esperar Plaza de la República. Meses antes ~~habíamos~~ ensayábamos en el local del Centro Filarmónico ~~de~~ de la calle Ambrosio de Morales. Cantábamos sin saber lo que decíamos aquella letra pomposamente retórica:

La trompa aguerrera
sus ecos da al viento,
honor al sediento,
ya ruge el cañón.

Sin embargo sí nos conmovía la misma música contando la historia de Manolita Pineda, leal flor romántica en los corros de niños:

Manolita salió de paseo
a la vuelta se puso a bordar.
Se cogieron los aguadeños bordando
la bandera de la libertad.
Manolita declara, declara,
que si no morirás, morirás.
Si declara moriremos muchos,
y si no muere yo "na" más.

Y había otra letra pícara y desvergonzada que oímos alguna vez en la tabernaria voz nocturna de los borrachos:

Las iglesias serán las tabernas
las cruces los tableros etc

Anteriores a la república hubo otras intervenciones de escolares en actos ~~públicos~~ oficiales de la ciudad como la inauguración de la estatua al Duque de Rivas, para la que fuimos convocados con estas palabras:

"vestido de gala y haciendo fiesta de este día, asistas a la inaugu-
ración y aún para que lleves tu ofrenda de flores al poeta".
Y sin embargo tengo la certeza de no haber asistido ni al canto de
las Tendillas, ni al estreno de la estatua del Duque. Tal vez providen-
ciales antojos me impedirían presenciar tales fastos.

Diversos acontecimientos civiles y religiosos precedieron en 1929
a la consagración del monumento al Corazón de Jesús en las ermitas.
Procesión mozqua con S. Rafael y la Virgen de los Dolores, actos académi-
cos y culturales en el Seminario, novenas y campanas en las parroquias,
colgaduras con el "Reinaré en España" en balcones y ventanas. Inolvida-
ble el recorrido de los niños con sus banderitas de papel bicolor, en
un itinerario largo de vivas, aclamaciones, motetes y jaculatorias. Cuerpo
dame desfallecer mi madre se acercaba con el pan y el chocolate
de la merienda, olvidados entre el tremolar de risas y banderas. Cora-
zón niño en estas dulces tardes de beso y chocolate

Anualmente el Ayuntamiento regalaba juguetes en los colegios la mañana
del 6 de enero. Ilusionados tras el paso de los Reyes Magos que la fanta-
sía de su organizador D. Carlos Romero Bernal convertía en deslum-

te cortejo y trasmutaba - como si poseyera una vara mágica - los burros en camellos y las Hijas de María en bayaderas persas, íbamos a la escuela en la mañana ilusoria. Los regalos eran siempre modestos; trompos giratorios, carritos de madera, caballitos de cartón - pero un año los magos o el concejal encargado equivocaron en algunos sacos de presentes y nos dejaron juguetes propios de niña. El disgusto fue grande y a mí me dieron un diablo de madera, que yo disimulé al salir bajo el abrigo.

¿Qué leíamos o estudiábamos en las largas inacabables horas como en el recuerdo infantil de Antonio Machado:

Una tarde larga y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de la lluvia en los cristales.

Obligados eran los capítulos de D. Quijote en edición compendiada para niños. A veces los maestros leían cuentos, Piel de asno, La hermosa Sietelindas o los morales fabulas de Samaniego con su coletilla mezquina. Tras el aprendizaje en las cartillas de "Rayos", se pasaba a la enciclopedia de Dalmau con nociones simples de gramática, aritmética, historia, etc. Más divertido era el "Mamotreto", impreso

en caracteres de escritura a mano y donde junto a Santa Teresa o Calderon de la Barca contaban la historia de dos hermanas - la cigarrera y la hormiga - una modista de porvenir, la otra arruinada por la lotería. Los consejos eran siempre para generosos y misericordes.

Algo que ya no se hace es el despertar al conocimiento y al amor por la ciudad. Leíamos la "Historia de Córdoba" del cronista D. José María Rey, con las leyendas, los nombres sonoros de los aquí nacieron. Alguna vez nos visita el autor - vivía muy cercano al colegio - y su voz grave y vívida contando esplendores pasados nos hacía ver lo como uno de los cordobeses que fueron a América con Colón, o un clérigo contemporáneo de Góngora, o hubiera visto a la niña sacada de su casa por las bayonetas francesas. Dejó una semilla indeleble que por desgracia murió hasta la vuelta. Ahora la ciudad desmemoriada e ignorante copia lo foráneo y estamos disfrazados como en un continuo "Bienvenido Mrs Marshall".

Llegada la cuaresma el catecismo del Padre Ripalda se imponía con sus viñetas de demonios sulfúreos o de celestiales glorias confortables. A mí me encantaban los dibujos de las 7 Virtudes, aquellas bellas damas

vestidos como las actrices de "Genoveva de Bravante" que yo había visto en el "Salón San Lorenzo" y rodeados de misteriosos símbolos: espejo, víbora, columna, áncora.

Nos llevaban a confesar ~~a~~ en San Andrés en preparación de la primera comunión, aún lejana. D. Fernando Poveda, el párroco, hacía confesiones colectivas. Puestos de rodillas 6 o 7 escolares de la misma edad nos preguntaba si amábamos a Dios y a la Virgen, si queríamos y respetábamos a nuestros padres y maestros, si nos peleábamos con nuestros hermanos y amigos; luego nos daba la absolución y salíamos de la iglesia como ángeles según decían nuestros madres y ese era un día especial de mimos y regalos en la casa, aunque el gusanillo de la conciencia - según decían - se movía en lo hondo, ese hondo ¿donde era? con las gangorinas belloqueras tras de la puerta" con ticks ya por aquellos angelitos.

Sonaba la campana de los recreos y era una estampida de voces y carreras, atropellándonos por las galerías. ¿A que jugaban aquellos niños? Divin que a quitar libres, a correr liberándose de la hormiguilla de la inmovilidad. A guardias y ladrones, a las cuatro esquinas a pídola o píola - como decíamos - con su espolique:

A la una la mula, las dos la coz, a las tres Juan Periquillo y Andrés, a los cuatro rabo de agato, a las cinco te la hinco a las seis "cornia" de buey a los siete saca y mete, a las ocho salto cojo, a las nueve de bonete a las 10, etc. Los patios eran pequeños para tanto entusiasmo en tensión; en el de entrada daban sombra unas moreras y en el ~~fondo~~ interior un nispero era verdoso objeto del deseo mando las frutillas caían y las huesos oscuros y suaves subian y bajaban en el juego del quito.

Por las calles cercanas a la escuela bullía la vida con nombres y oficios propios y los ruidos, los olores, los pregones, el afan trabajoso de cada dia como una rueda implacable marcaba horas y estaciones. Batalla sobre el empedrado la diabla que llevaba y traía viajeros a la estación, los areneros, la pala hundida en la grava de los serones, el afilador con su rueda de chispas, los pomareros en la mula cubierta de hule en los dias de lluvia. Abria "El Esmero" la tienda de coloniales con su barrica de arenques, el horno de tortas olfatea la jara de la sierra, olía la madera y el serrin en el taller de Aranda. Conocíamos los nombres: Curro el zapatero de la Batalla, Esperanza la aguadora de la Fuenseca, Emilio el de la especeria, Zurito el picador en los dias de feria y los monjes de

de Jesús Nazareno con la estampa acristalada para la demanda. Cuando las anginas apretaban el cuello de cuarentenas, D. Manuel Salinas o D. Rafael Nevado atendían de cataplasmas y nonomfenclos calientes, la fiebre del niño. El relojero Jose Lara daba cuerda a los relojes descompasados del tiempo.

Un tiempo ido para siempre pero como decía Borges somos nuestra memoria ese conjunto de espejos rotos. Y Ortega afirmaba que sólo a través del pasado se explica el presente. En esta escuela entonces tan viva como ahora, nací a la lectura que es como decir a la vida. Y he visto en los libros la selva que ondea con las alas de pájaros ignotos en Robinson, y el embudo gigante abriendo el abrazo de Julio Verne, y los tigres en la jungla listada de Salgari. Y más tarde el amor de Beatriz y el de Ofelia y el de Melibea. En rojo y negro pasaron los seminaristas de Stendal y las cúpulas ortodoxas se tiñeron de sangre con el crimen y el castigo. Vi la soledad de Góngora, y las cerezas del camposanto y el trapial de una celda en la noche más oscura del alma. La vida entera abierta como un libro claro y a la vez indescifrable. Pero todo empezó en esta casa.

Nos reunimos hoy aquí, en esta casa de los Campos, siempre hospitalaria, siempre abierta a todo lo que es Córdoba, unos cuantos amigos para hacer memoria de una mujer ardorosamente insoportable, Rocío Moragas. Algunos la conocimos en sus fases cambiantes, como la luna, de esplendor o desdicha; para otros de los reunidos hoy Rocío Moragas es una desconocida o una leyenda, leyenda que comienza cuando era ella, tan tempranamente, "la niña Rocío, del patio de los Moragas", un patio de palmeras y geranios en esa encrucijada de calles, de los Moriscos, Cárcamo, Cortanillas y Dormitorio. Allí, rezuma la fuente de la Piedra Escrita, con sus dos leones vertiendo por el encañado de sus paredes, agua dulce o salobre y esas aguas serán para Rocío como las dos sendas por donde discurrirá su vida.

Ya en la primavera anterior a la guerra figura en las vanguardias estudiantiles y antes de ese despegue, se sabe que fue alumna del colegio de las Adoratrices y allí aprendió, de esas maestras del dibujo y bordado, la personal y elegante caligrafía que adornaban sus cartas.

Con el huracán de la guerra Rocío desaparece de Córdoba, y cuando vuelve y "Cántico" la conoce ya es Mayo de 1949.

Una tarde, lee Adriano del Valle sus poemas en el instituto que ahora se llama Luis de Góngora. Terminada la lectura, ella se acerca para felicitar al poeta y Adriano nos presenta: Ricardo, Julio, Juan, Miguel, Pablo. El asombro nos deja sin habla. Mujer dual y misteriosa, una luz fílmica parece rodearla con el halo de una Lauren Bacall en lejanía del cine negro, o una Grace Kelly en anécdota de aristocracia distinta, anterior a la opereta monegasca. Un periodista, amigo queridísimo y desaparecido, Manolo Medina Gonzáles, la llamaría desde esa aparición "la musa de Cántico".

La primavera, el humor y el vino van entramando la red de una amistad que se hace íntima en el recorrido de tabernas, patios, reuniones más divertidas que literarias. La leyenda, el rumor continuo, la envuelve de nieblas y la hace modelo de famosos modistas, Pertegaz, Pedro Rodríguez, Balenciaga, pero sus amigos queremos saber más y ella nos muestra fotografías de su boda en Madrid con un vasco de familia burguesa y tradicional, poco habituada a la libre relajación de una "tartesa" (como ella misma se titula) que vive la alegría dionisíaca del Mediterráneo. La vemos, en esa fotografía de la boda

bajando la escalinata de la basílica de Santa Bárbara y un viento de otoño madrileño ensombrece y levanta el velo nupcial en un mal presagio.

Al final del año 50 publica Rocío su único libro de POESÍA, "La Piedra Escrita", donde vuelve al mundo de su infancia en algún poema. La edición cuidada y pulcra se avalora de una viñeta de Liébana. "La Piedra Escrita se presenta en Córdoba, y Miguel del Moral esquematiza en un escaparate de la Librería Luque todo el complejo mundo de la autora y pinta en cuatro trazos el magistral retrato que aún hoy podemos admirar en el Bar la Alegría.

La poesía de Rocío, con todos los matices de un andalucismo trasnochado, nos asombra con el hallazgo sólito de un hondo sentimiento trágico, más cerca del teatro dramático de Lorca que del verso; así en poemas como "Duelo" donde empieza:

Se lo han llevado por la cuesta abajo

como si fuera suyo y era mío.., nos parece entrever una pasión no ajena a los celos. Y en ese cortejo fúnebre que se aleja

está la luz verdosa de un Pancho de cuadro de Romero de Torres. Y Antonio Machado y su Cristo caminando sobre el mar estan presentes en esa "Saeta" que se inicia grave con un "Os lo llevareis con pompa", para terminar en llanto: "Me lo traeréis cansado".

Los poetas de "Cántico" dedicaron a su "Musa" un homenaje en la Arruzafa. Y precisamente en aquellos dias, Diciembre de 1950, estaban en Córdoba lo que podiamos llamar una embajada gaditana, los poetas que hacian "Platero", la revista de Cádiz: Pilar Paz Pasamar, Juan Valencia, Fernando Quiñones, José Mª Caballero Bonald. Todos ellos escribieron articulos o poemas relativos a aquellos dias cordobeses. Y Pepe Caballero Bonald en su diario "Tiempo de guerras perdidas" hace una libre interpretación de aquel homenaje, no en balde el autor subtitula el recorrido de sus dias como la novela de la memoria. Asi describe a Rocío: una muchacha de muy buena pinta, con esa calidad bonticelliana que tienen algunas rubias andaluzas que son ademas extremadamente blancas de piel. Y sigue el relato más inventado que real: callado

el ambiente no hallamos mejor medio de mostrar nuestro entusias-
mo por la bella Rocío Monasterio que parearla sobre una mesa en
procesión pagana. Verdad a medias que el recuerdo pinta
como quiere de lo que fue sólo una modesta "merya".

Llegan ahora los días brillantes para Rocío. La crítica fue benévo-
la con su libro y la entrevista en intimidad junto a Vicente
Aleixandre en el diario "Pueblo" parece abrirle las puertas de los
humildes Parnasos nacionales, Café Gijón, Alhajas para la poesía, o
las honestas revistas provincianas. En el Festival de cine de San
Sebastián la vemos en compañía de los galanes de la época, Mario
Cabré, Paco Rabal o Antonio Vilar, el actor portugués que hizo D. Juan.
Hay fotos con Miguel del Moral ante el Bécquer romántico del parque
sevillano o en el patio mudejar del imaginero Antonio Castillo, allá por San Lorenzo,
donde Ella sostiene unas tórtolas junto al pecho ceñido por el "palabra de honor.

En 1959 publica "El Pan Ázimo", un libro en prosa formado por 6 relatos
en unidad de temas sefardíes. Melchor Fernández Almagro, el prestigioso
crítico escribe así en ABC: "la escritora cordobesa deja clara muestra de
su fértil pensamiento, trasmasado a las páginas de este interesante libro,
con vigorosa fuerza narrativa".

La buena estrella PALIDECE ~~comenzaba a palidecer~~ en los años 60, y
empieza el declive, POR la pendiente hostil hacia el final. Abandona San Sebastian, jaula estrecha de convencionalismos para un
vuelo alto. Vive en Madrid, Torremolinos, Marbella y al fin,
Málaga, la ciudad fiel a su lema heráldico: "la primera en el peligro de la libertad". Allí, en la plaza picassiana de la Merced,
junto al obelisco de Torrijos, símbolo de tiranías y prohibiciones abolidas ~~elucubra~~ su vida en años oscuros. Allí la encuentra Rosa Luque
cuando ya es solo una sombra de la decepción. Algun amodrecer
sale para ir al Pimpi, la bodega cercana que es fiel reflejo de esta de
Lineros, y siempre encuentra la sonrisa benevolente de Paco Campos.
Tal vez en esa mañana recuerde aquel poema suyo:

Han cerrado las puertas a la noche,
una a una las casas de la aldea;
la luna dejada en la calle.

Pero yo sólo quiero recordarla ahora primaveral y bacante al sol de ~~estos días de abril~~ Trassierra o de Lope G., cuando la alegría de vivir hacía de sus días una fiesta.

Así la veo en el soneto con el que termino

A N I V E R S A R I O E N L A S E R M I T A S

El último domingo de octubre de otro año santo mariano, el de 1954, fue donada a la Congregación de Ermitaños de la Sierra de Córdoba la imagen en talla de Ntra. Sra. de Belen, patrona de aquel eremitorio.

Hasta esa fecha los anacoretas del yermo de Belén habían venerado un lienzo atribuido con escasa y varia fortuna, a Murillo, a Palomino, al Racionero Castro: una dulce maternidad que nos nuestra unidas las divinas cabezas de la Madre y el Hijo. En aquel lejano 1954 Fray Albino aun no habìa despedido a los ermitaños y la figura austera de estos solitarios no era inusual encontrarla por las calles de Córdoba cuando acudían a su hospedería de la Puerta Osario. Viejas postales nos los recuerdan bajando por los caminos serranos, el cayado de caminante en la mano y un borriquillo para las limosnas. La cumbre del cerro de la Cárcel, con su corona de esquilas y cipreses se mantenía casi igual que el grabado que dibujara Diego Monroy en 1823.

La familia donante encargó la talla de la Virgen al imaginero Antonio Castillo Ariza, maestro en el españolísimo arte de la estatuaria policromada; y dentro de los mas puros cánones de la escuela imaginera andaluza Antonio Castillo dió corporeidad al venerable cuadro, trasladando a la madera la ingenuidad, a la vez familiar y celeste, de la pintura primitiva, infundiendo en la dura materia la llama prodigiosa de lo divino.

La imagen fue expuesta en la capilla del viejo Ayuntamiento destruido y allí pudo ser contemplada en todo su esplendente belleza.

La patrona del desierto de Belén es una Virgen sedente sobre sillón barroco, al modo de las ejecutadas por Gómez Sandoval para que presidieran el canto de los frailes en los coros de la Trinidad Calzada y la Merced, esta última tambien destruida. Si en el sillón, (coronado por el escudo de los Ermitaños con la cruz, la palma y el bordón andariego) el autor se recrea en la profusión de una talla jugosa de formas y volutas guarda para la imagen una suprema sencillez casi ascética acorde con la severidad encalada de la arquitectura cercana: tapias, cementerio, espadañas, celdas. Antonio Castillo ha huido voluntariamente del viento demasiado nflamado de las exageraciones barrocas, para darnos una mayor elegancia en los paños, una gran corrección en los plegados y proporciones, una grandiosidad y compostura en toda la figura que excluye el rebuscamiento y el efectismo. Parece

como si la gubia hubiera acariciado suavemente la madera, movida y agitada solamente por un anhelo religioso, sobre todo en la quieta y emotiva ternura del abrazo. La policromía justa,los dorados y las estofas han enrequecido el rigor y la armonia de la escultura, enjoyando la materia corpórea, bajo cuyos pliegues duerme la gracia.
Ntra. Sra. de Belén no es solo una obra perfecta, fría y académica: la divina ternura maternal brilla en ella como una estrella de límpida pureza. Y desde su solio preside el quehacer espiritual y humano de los cenobitas, el toque de campanas que reglamenta las distintas horas de un día en el yermo: tiempo de la oración, de la penitencia, del cantarillo de agua y la alcuza de aceite. Decía Ortega y Gasset:"Doscientos cincuenta y tres tañidos debe dar al día cada ermita. La voz de las campanas de las celdas es una música teológica que echa sobre el pensamiento paños blancos de sosiego." De ese sosiego, de esa sencillez que llega también hasta Antonio Castillo, el imaginero de Ntra. Sra., aunque él sabe que en su patio de la calle de las Rosalas crece el laurel de Juan de Mesa, de los Rivas, de Pablo de Céspedes, de Prieto, de Gómez Sandoval.

Pablo García Baena

LIBRERÍA LUQUE

Un día del pasado mes de Enero, la Delegada de Cultura trasó un borrador, ante un grupo de amigos, de las posibles actividades para la Feria del Libro. Entre ellas estaba este acto de respeto y honor a la Librería Luque, más de 70 años abriendo sus puertas con liberalidad a los cordobeses y a la cultura. No dudé un momento en ofrecerme para decir unas palabras, eso sí, breves, en el homenaje que todos los que andamos entre libros y letras le debemos, y en especial aquellos que un día, medio siglo ya pasado, iniciamos la aventura rabiosamente joven de publicar una revista de poesía en tiempos yermos. "Cántico" nacía y ya una mano se tiende para ayudarle en sus primeros pasos: la de Dª Pilar Sarasola, viuda de Luque; pero de esta generosidad como de otros recuerdos y crónicas hablaremos más tarde.

Cuando yo era niño, la ciudad tenía en 1929 75.000 habitantes, ya se decía aquello de "Córdoba, ciudad barata, con ciento y pico tabernas, y una librería", dicho que se ha venido aplicando como verdad dogmática a todas las ciudades españolas. Las librerías y papelerías de mi niñez ~~librerías~~ papelerías pasaban, al menos de siete y podrían ser estas:

"La Catalana", frente al Ayuntamiento. Un señor alto y severo, de chaleco y gorro en todo tiempo, nos atendía amable para ahuyentar el miedo que nos imponía su corpulencia. Allí comprábamos los cuadernos de doble raya de la caligrafía y la goma arábiga para pegar las casas recortables del Nacimiento, colocadas luego en precario equilibrio entre el monte de ramas de lentisco y madroños.

Ya en la calle ~~del Conde de Barajas~~ llamada de antiguo de la Librería - Ramírez de Arellano ~~dice~~ escribe que "en el siglo XVIII había hasta 5 establecimientos de este género — estaba la de ~~Palacios~~ Niella, cercana a los escalones de Fernando Colón. Desde su escaparate de libros escolares, el fraile del higrómetro señalaba la lluvia, la capucha calada en los días de temporal.

Adentrándose más en la calle e inmediata a la Cuesta de Rojas, la de los Hermanos Font, -bibliotecarios más que libreros, ~~trasegaban~~ navegaban por aquel complejo empapelado de libros y polvo. Uno de los hermanos, que quedó hasta el cierre, era un digno personaje de novela de Dickens, sordo, con el pelo hirsuto y los claros ojos lúcidos.

La "Librería Religiosa", de Luis Segura, situada en Alfonso XIII esquina

al jardinillo de las Capuchinas. Allí se encargaban por catalogo los estampas y breviarios de la 1ª Comunion, se comprobaban ~~las~~ rosarios y medallas, escudos para los distintos hábitos de promesas: del Carmen, del Nazareno, de Santa Rita, de los Dolores.

Junto a la iglesia de S. Pablo, tal vez en la casa que fue de la Recoleta, habia un negocio de préstamo y compraventa de libros. Atendía D. Pedro, calvo y servicial. Se decia que era judio o protestante, la misma fe herética para la estrecha ignorancia del momento. Pio Baroja en uno de sus viajes visita esta libreria "de lance", como se decia entonces de todo objeto de segunda mano.

Los novelas rosas de Péres y Péres se leian entre las jovencitas de asociaciones católicas y junto a ese rosa, el verde de las colecciones de tirada popular donde Antonio de Hoyos y Vinent, Alvaro Retana y Alfonso Vidal y Planas con titulos como "El pecado y la noche", "Santa Isabel de Ceres" o "El capricho de la Marquesa" hacian entrever al recién muchacho una lobreguidad sucia y triste.

Con los años se abririan otras librerias como la "Católica" en los bajos del Palacio de los Bail, en Gondomar, o la "Papeleria Coleto", en la calle Concepción,

donde se podía escoger entre unas licores de Belén, el almanaque zaragozano, o la última novela de Carmen de Icaza.

A finales de los años 40, la librería "Góngora", de Julián Costa, en Cruz con de 8, se anunciaba junto a la de Luque ~~García~~ en "Cántico" más como medio de ayudar a la revista amiga que como propaganda. En la "Góngora", expondría por primera vez sus dibujos, tan en línea de primavera y juventud, Rafael Alvarez Ortega.

¿Cuando acudes y quien te lleva un día a la librería de Rogelio Luque? En el juego de espejos de la memoria niña, tan nítida como polaroid, a veces veo otro local distinto, por Diego de León, y un altillo con baranda de madera donde se alineaban los libros. Verdad o leyenda, allí me llevaba mi hermano Antonio para regalarme en días de santos o de convalecencia los cuentos editados por Saturnino Calleja. "El enano saltarín", "La hermosa Sietilindas" o "La fuente de los leones" me confesaban sus confidencias ~~[illegible]~~ y aventuras desde las páginas de letras y viñetas conmigo. Llegan luego "los piratas de la Malasia", "los 3 mosqueteros", "los viajes de Gulliver". Y me veo en la cama con las orejuelas de temperatura, combatidas con hisopillos de algodón y yodo, los libros como premio

esperando impacientes. Y el sello de duque autorizando como un privilegio la lectura.

Conservo un álbum de fotografías que fue de mi hermano, las entrañables "fotos" de los años 20, cuando "vacaciones sin Kodac ~~xxx~~ eran vacaciones perdidas" según la frase popular y anunciante. En varias de esas copias, tamaño 9 x 6 está Antonio con Rogelio Luque y Manolito Hesperia, así apellidado cariñosamente, por una "Librería Hesperia" que abrió en las Tendillas. El fondo de esas fotos es un Guadalquivir de remanso y tejados que copia en lejanía una silueta de Córdoba, con murallón y torres. Están allí lejanos los días de sangre ante "el blanco muro de España".

Y "Cántico". Son los primeros días de Octubre de 1947. Acaba de aparecer el nº 1 de la revista y se impone una presentación. La viuda de Luque, Dª Pilar Sobrado acoge con simpatía liberal y emotiva la idea, y nos ofrece uno de los escaparates de la librería. La tribuna no podía ser ni más popular ni más culta. Por aquel antiguo patio acristalado habían pasado los lectores ilustres de Ortega y Gasset, de Pío Baroja y su hermano Ricardo, de Federico García Lorca. Luego, y ya con "Cántico", llegarían Aleixandre, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Carmen Conde.

No sé si Dª Pilar se arrepintió alguna vez de su generosidad ante el surrealismo desbordante de Miguel del Moral que convirtió la librería en Rastro con todos los objetos pedidos para la anatomía del escaparate: terciopelos de colvadía para cámara oscura, faroles y escupideras del anticuario Juan Aguilera, maniquíes de la tienda de de Castanys, a más de frutas, manos de yeso, velatas de hierro, máscaras venecianas. Se colapsó en tumulto la calle Cardenal, y el buen pueblo creía que se trataba de una publicación sobre Manolete y su muerte, de la que hacía poco más de un mes. Miguel estaba triunfal y también los poetas. Sólo recibimos una felicitación: la de Rafael de la Hoz.

En otras ocasiones se montaron los escaparates singulares, con las ediciones de "Las Elegías de Sandua", de "Antiguo Muchacho", con "Garganta y corazón del Sur". Dª Pilar, fina, discreta, tolerante, parecía disfrutar con aquel aire de vanguardia que airoseaba los anaqueles del mal sueño de la razón que fue la guerra. Una ventana se abría en tiempos oscuros.

Acaba de decir Mario que este libro de "Las fuentes de Córdoba" es un libro de amor a la ciudad: desde el primer proyecto inicial al colofón que termina como veleta airosa y arcangélica esta arquitectura de las aguas; desde los historiadores a los fotógrafos, desde los poetas a los ilustradores; y yo diría también que es un libro pacientemente elaborado en ~~el~~ cariño por el antólogo que, por un tupido bosque literario, nó siempre afortunado, se ha aventurado certero hacia la cita precisa y el verso exacto. Virtud esta, la de la paciencia, que Mario López posee fluyente y caudalosa como el filón de la Casa del Agua en su Bujalance nativo.

Mas, aquí está ya el libro bello, fresco, pulcro, fascinante como una Scheresada que se dispusiera a contarnos en la noche sus fábulas del agua, donde, en limpidas cisternas tantas veces se refleja el amor, sea en los diluidos labios mortales de Narciso o en los deseados ojos ~~desquiciados~~ del Cántico sanjuanista.

Y por ese arcaduz de las páginas, los NARRADORES ~~cronistas~~ nos darán el perfume y el reino de ruinas de Azahara, el amor de unas sombras en torno a una fuente de alabastro con fantásticos animales de oro rojo, que arrojaban el agua por sus fauces feroces y un silencioso cisne áureo bogando bajo la perla, gota sólida e irisada, que regalara un emperador de Bizancio.

Ambrosio de Morales nos acercará hasta el agua alojamiada que, dentro de la Mezquita, hacia el muro de Oriente, contiene una bella tasa monumental de jaspe azul betu-

do de blanco. Y el mármol será verde en los salones del Alcázar y por los canalillos de cristal y plata correrá libre el cristal de los manantiales en homenaje al calipa Hixem en la fuente de Ain-Fankid. Y en el jardín mas secreto de la favorita el cervato damasquinado de oro y esmaltes elevará, no tan esbelto y suspirante como el ciprés, el chorro del azogue sobre el pórfido. Y sentiremos con Machado que "alegre que estemos en nuestro corro siente la humedad del jardín como un halago."

Con el agua bruñida del Potro que reflejaba en universal de picaros, llegamos a los actos convencionales y a la vivos, desempolvada exclamación de D. Luis de Góngora:

Busquen otro
que yo soy nacido en el Potro.

La posada cervana contemporánea de los justicias del Rey D. Pedro vería un día levantarse GARBOSO sobre la pilita de cuatro caños de su fuente la corveta gallarda que diseñara Antonio del Castillo y que esculpiera Bernabé Gómez del Río. La bizarría de los caballos Valenzuela — Fonsecas ondulares los llamaría Góngora — convertiría la aguada silueta del Potro en símbolo vivo de la ciudad. Perdida el cortejo de las aguadoras, como en clásico bajorrelieve de afrenda lo recogió así el poeta Julio Aumente:

"... llenaban los profundos cántaros
las mujeres de los Abrevaderos,
con lentitud, estrechos, cortos
39 son los puentes públicos que en sus distintos estructuras

de alcubillas, pilares, abrevaderos nos descubre D. Luis Maria de los Cosas-Deza a la luz romántica ~~del fi~~ de 1837. Casi todos han llegado hasta nosotros, cambiados algunos de emplazamiento o maltratados por la intemperie, el tiempo, el abandono, pero todos humillados, gemidos en el brindis de sus aguas limpidas. Ahora son 106 los puentes actuales que se recogen en este nuevo memorial, pero el verbo es inmarcesible y la verdad y la leyenda crecen unidas como el intrincado enlabesado luz y sombra — de una celosía.

Celosía desde donde Ben Suhaid, Ben Hazm, Ben Zaydun, Ben Quzman, Abentofail, Yehuda Halevi, tantos otros leones, sentirían la sed de Córdoba. Soñaron el cercano regado por un agua más generosa que la del Eufrates; y los aguas de plata que parecen collares desprendidos de las guirnaldas; y las lanzas de los juncos sobre el escudo acuático del estanque... Y comprendieron el deseo y la sed tan fenil que todavía les ilegaban vivo, con borbotones de arenas y desiertos: el bello del corcel, de la gacela, del camello acercándose sumisos a los zubias umbrías, a los zafareches cortesanos. Ellos, que PODECIAN ~~bendecían~~ el encendido corazón ~~del~~ AMANTE ~~ardiendo~~ ardiendo como un oasis bebieron ansiosos de un cotio inacabable: El agua de Córdoba, lo decía Ben Hazm en "El Collar de la Paloma":

"Si ahora nos deja sedientos, antes nos dio
mucho tiempo de beber"

MEDITACIÓN en ESCALACELI

Con la voz inspirada y el recuerdo de Ricardo Molina empezaré la saluta
ción a esta casa espiritualísima:

Casa de Santo Domingo,
ornato y luz de la sierra,
que fiemes son tus cimientos
pues sobre la fe se asientan,
que luminosos tus muros
pues imagen sacra encierran....

Estamos celebrando en estos finales de año el IV centenario de la muer-
te de Fray Luis de Granada y se me ha encargado a mi que no soy ni pre-
dicador ni filologo, ni investigador ni erudito que diga unas palabras
en esta tarde de finales del Adviento y en este recogimiento de Escala-
celi. Sírvame de excusa la admiración que desde siempre tuve por el Ven
rable Padre Maestro pues desde muy joven, con alguno de los amigos que
me escuchan, nos reuníamos a leer en días de Cuaresma, algun pasaje de
la Pasión en el "Libro de la oración y meditación" en la vieja edición
familiar que aun consrvo. De aquellas lecturas, sino siempre el fruto
espiritual fue bueno, me quedó la devoción por una prosa rica, humaní-
sima, de frases dilatadas sangrantes de experiencia y la armonía de un
estilo que corre claro formando el agua limpia del idioma. Esta trans-
parencia de lo clásico algún rebuscado teólogo en el desquicio inquisi-
torial del barroco encontró propia solamente para hablar a niños y mu-
jeres de carpinteros.

Azorin en su obra " Una hora de España " hace un retrato conmovedor de
fray Luis, ya viejo, asomado a la ventana de su celda en lo que supone-
mos convento de Lisboa : Su hábito es negro y blanco. Apenas si sus o-
jos ven las cosas. Como no puede ver casi nada escribe en pedacitos de
papel de colores para distinguirlos unos de otros. No ve casi nada el
religioso; no posee nada en su celda. Su necesidad suprema,como en Cer-
vantes, es escribir. Escribe el religioso como Cervantes de un modo sen
cillo claro y natural. Ycuando escribe toda su alma se conmueve. ¡ Divi
na emoción! Acaso estos son los dos grandes escritores - el viejecito
y Cervantes - que han puesto mas emoción en su obra".

Queremos ahora imaginar a Fray Luis en el alféizar de otra ventana, en
una de estas de Escalaceli. La comunidad dominica ha renunciado al vie-
jo retiro de San Alvaro para ocupar la basílica martirial de Acisclo y
Victoria junto al Guadalquivir, allá en la cintura de Córdoba. Fray
Luis es joven - 30 - y el acatamiento a un Provincial sagaz, Miguel de
Arcos, lo ha traido hasta el abandono de la que fue casa madre de ri

gurosa observancia dominicana. Entre el ruro ruineso parece aun latir como un corazón que se niega al olvido, la fe de Alvaro. Esos latidos mueven la esquila solitaria que misteriosamente taño puntual en las horas canónicas y enciende los cirios legendarios.
Con el atardecer, estos campos de Córdoba que fray Luis contempla, se van enriqueciendo hacia un oro grave, el regato hacia la plata luminosa. El ciprés, elp pino,el naranjo, ya de un verde nocturno, son asilo para el ligero o tardo vuelo del chamariz, del alcaudón. Allí la silueta del monte Calvario con sus cruces desarboladas, la sombra del Tabor, el arroyo de los Cedros donde el aire instrumenta las hojas en rezo, la cueva que simboliza el monte de Olivos en la noche de la entrega... Y el cuerpo difunto del Redentor sobre las rodillas de la Madre en la pequeña imagen de las Angustias. Por esta Jerusalen cordobesa el fraile obediente se abaza a la cruz de la restauración.

Nació Escalaceli en tiempo de cismas y reformas, como hoguera de espiritualidad en la noche oscura. Se ha dicho que Córdoba es la ciudad mas espiritual de Andalucía, entendiendo espiritu no solo como encaje religioso sino como don generador, caracter íntimo, esencia y substancia inmaterial. Antonio Jaén, el historiador cordobés, señala los nombres universales que alzan la bóveda gloriosa donde vibra - y donde a veces duerme, a veces medita, a veces fulge brillantísima - el alma recóndita de la ciudad. Son Séneca, Osio, Maimónides, Averroes: Culturas, épocas, religiones distintas el pensamiento, la santidad, la sabiduría, la tolerancia. Culturas, épocas, religiones distintas. Fuentes caudalosas manando por los siglos, inagotables, aunque a veces solo corra un hilillo trémulo por el surco y la ciudad se asuste de su pasado y hasta quiera olvidarlo. Espiritu es también la leyenda, la tradición, el rito y la costumbre inmemorial, la voz del pueblo.
A San Alvaro de Córdoba - que ahora no es de Córdoba ni Canto'- la devoción prefiere seguir viéndolo en el esplendor de la leyenda áurea, con todo el ingenuismo colorista de una tablilla pintada para exvoto: la pila de bautismo en San Nicolás, familiar de la casa de los Córdova que siempre le llamaron pariente, hijo del leal D. Martin Lópezz de Cordoba y como supone Serrano Sanz en la "Biblioteca de Autores Españoles" hermano de esa escritora romantica y fantasmal que fue Dª Leonor López de Córdoba, fundadora de la capilla del Rosario en San. Pablo. Apologo venerable superponiéndose a la verdad histórica de unos datos, aunque esta Dª Leonor desdice la afirmación del Marques de las escalonias en su libro "Fundaciones monásticas en la sierra de Córdoba de que D. Martín murió sin descendencia.

Fray Alvaro compra aquí en 1423, seguramente en el sitio que aun se

llama el castillo, la Torre de Berlanga, hacienda para el asentamiento de sus frailes, gente de oración. El primer peldaño de su escala sobrenatural parece cimentarse firme entre la jara montaraz y el lentisco serrano.

Mas el tiempo desgasta y arruina la primitiva idea y el alejamiento de la ciudad donde bajaban los monjes a sus prédicas, lo fragoso del monte, la soledad sombría aflojan y parece impedir la vida contemplativa deseada. Se llevaron todo: el Crucificado del Pobre, los ornamentos y ajuares de la liturgia, las puertas del templo. El alcazar de la fe, el sagrado asilo sirve ahora para guarida de las alimañas montaraces. Mas queda un celoso guardián de aquellos muros, tal la alegoria del lla perro dominico, defendiendo su casa entre los jaramagos de la infidelidad: son las reliquias de Alvaro en su modesta caja arca de madera pintada. Cada vez que intentaban transladarlas el cielo se encapotaba en tempestades.

Con tempestades humanas habrá de enfrentarse Fray Luis de Granada cuando llega a este campo de soledad. Por una parte Roma, el obispado, la nobleza, la comunidad prófuga de Escalaceli, la falta de medios. A todo atenderá puntualmente el joven predicador - recién salido de colegial de San Gregorio de Valladolid - con su equipo de encelados frailes. Reclamaría a la congregación de los Mártires la restitución del expolio. Solo devuelven - y no es poco - el Crucificado milagroso y unos aprestos para la misa; firma escrituras y protocolos, acude con maestros canteros a la consolidación del convento, enciende lámparas de amor que no habrían de apagarse. Y su quehacer diario de confesión, oración, recogimiento, penitencia, coro, temeroso de descuidar la principal restauración: la subida por esa escala celeste. Dice en una carta:"porque todos estos son como escalones medios y escalones para subir a él" En esa faena suya espiritual y laboriosa queremos aplicarle unas palabras suyas: " y así está allí como padre de familia en su casa gobernándola, y como maestro en su escuela, enseñándola; y como hortelano en su huerta, cultivandola".

Abajo, en el valle fértil y rico está Córdoba. Algun amanecer, al bajar hacia la ciudad, se detiene fray Luis en un repecho para contemplarla. Entre las brumas del día que viene, enmarcadas por las palmas y los cipreses de los caseríos cercanos, se alzan las torres coronadas de honor, el muro excelso, el río grande nutriendo pródigo almunias y pensiles. Apacible srenidad engañosa pues la vida se agita por las callejas recatadas por donde corre la lava de las rencillas, los adulterios, la soberbia y los odios de las banderías entre los nobles. Dice Alonso Carrillo : "cosa muy sabida es en toda España que Córdoba tiene mas casas de caballeros mayorazgos ella sola que dos ciudades juntas

de España"; y exagera Gonzalo de Meneses: " la población de Europa de nas limpia y apurada nobleza."
Durante los once años que fray Luis vive en Córdoba se suceden hechos nemorables en los anales de la ciudad y algunos vemos laa ascética figura blanca y negra del vicario de Escalaceli : Entra en la diócesis D. Leopoldo de Austria, tio del emperador Carlos. Nace Pablo de Céspedes. Muere Isabel Losa, la incognita poetisa, monja de Santa Clara.Se hacen rogativas a la Virgen de la Fuensanta:" salió el Cabildo con las cruces parroquiales de manguilla morada por la puerta de Baeza"... Pasa como en un tapiz del Renacimiento, la condesa de Feria, la que luego sería la santa Condesa, hacia sus estados de Zafra. La carroza de plata embutida de escudos, el cortejo de pajes y escuderos, dejan un largo reguero de escándalo.Muere Dª Sancha Carrillo en Guadalcázar y al trasladar el cadáver de madrugada, a la luz de las hachas, se espantan los caballos, y desclavada la tapa del féretro vino arrastrando la cabeza venerable desde el Puente hasta San Francisco. Auto de fe en la Corredera con la famosa monja milagrera Sor Magdalena de la Cruz. Conversión de una pecadora por un sermón de Juan de Avila. Cuenta fray Luis: "y tendida la red del Evangelio entraron muchos peces en ella de diversas personas"; y mas adelante refiriendose al amante abandonado: "bramaba como la osa cuando le hurtan sus hijos".

" Que nada os deprima sino llevad con fuego y anunciad con ardor la verdad"". Son palabras de la Santa de Siena que fray Luis hace suyas al proponerle el Cabildo de la Iglesia de Córdoba predicar la santa Cuaresma de 15 38 en la Catedral. "El que iba a ser el Angel de la elocuencia cristiana", el "Cicerón español", duda y pide ayuda a su amigo el Maestro Juan de Avila. Alvaro Huerga fija el comienzo de esta amistad en Sevilla. Las visitas de Avila a Escalaceli, y de fray Luis a Montilla, Priego o Cuadalcázar mantiene viva el ascua de una amistad a la que no es ajena la admiración recíproca. Y si Avila escribe la " primera carta" de su "Epistolario espiritual", aconsejando en la predicación a fray Luis, este concibe la admirable biografía" Vida del Maestro Juan de Avila, predicador apostólico de Andalucía". La senda que ha de llevar al dominico por los púlpitos de España se hace ancha como una calzada real.

Santa Tresa en el "Libro de las fundaciones" nos cuenta arrebatada la plática con unos ermitaños del Tardón: Parecíome cuando los oí el retrato de nuestros santos padres." Ni Alvaro ni fray Luis fueron eremitas en el sentido de hombres-islas, que decía Ortega, pese al apartamiento de Escalaceli, pero la urgencia de la soledad, el intimismo, el encuentro dialogante con el alma necesitan la creación de un desierto

aun en el centro de la urbe. Dice Fray Luis en la dedicatoria ddel del "Libro del Amor de Dios" a D. Ana de la Cruz: " en medio de tan esclarecida familia habeis dado a entender al mundo que la verdadera y perfecta soledad no la hacen los lugares sino los corazones". Y en carta a Bartolomé de Carranza: "procure con todas sus fuerzas hacer de la plaza desierto". Esta soledad no estará emparedada en la vanagloria de una perfección interior. Al contrario , saldrá humanísima en ayuda del prójimo y asi no es estraño, explica Fray Luis, " que traiga las plantas mojadas el que anda sobre el agua y las manos un poco negras el que trata con la pez".

No necesita fray Luis la erección de un desierto. Escalaceli es la soledad de la cruz, la soledad de la Virgen, la Soledad de Jesús en el abandono de los discípulos. El Cristo de San Alvaro, el mendigo de llagas acardenaladas, predica la lección del desamparo y su imagen viva, como retrato del Amado,esta´ en las páginas del "Libro de la oración y la meditación:" aquella sagrada boca amarilla y amortecida, aquellos labios cárdenos y denegridos, aquellos ojos estan ya oscurecidos y difuntos con la sangre y presencia de la muerte."
Mas Escalaceli es tambien un paraiso: "no hay paraiso como el mío". Paraiso espiritual y paraiso de la naturaleza en el cielo limpio, la frescura del monte, los alzados árboles, las plantas bravías entre las que destacan las flores humildes que la sabiduría popular bautiza con nombres pasionistas: llagas, sangre de Cristo, clavos, lágrimas de la Virgen, nazarenos. "Todos los días se ponía en camino por ciertos prados y bosquecillos", dice un biógrafo. Allí, en la cañada por donde corre el arroyo de los Cedros - desde este momento ya es el arroyo de fray Luis- el vicario de Escalaceli, en el reposo de unas peñas, anota escribe, dicta a dos amanuenses. Las versiones son distintas pero la claridad del paisaje irá ya unida para siempre a la luminosa claridad de la palabra y las alusiones a temas rurales esnaltarán todos sus escrito: " la hermosura de los campos, el olor la suavidad y el deleite.. las moradas violetas, los blancos lirios,las resplandecientes rosas... los sembrados han menester a tiempo heladas y a tiempo blandura...en la mañana el canto de las aves, en la noche el silencio y la serenidad. ..¿ que retablo hay mas horroso que el cielo estrellado? ¿ que paños de verdura mas graciosos que los prados floridos?... ver un águila volar por encima de las nubes..... montecito de grano que el viento limpia de tamo y paja..Los ejemplos son infinitos. Meditamos en la oracion de la naturaleza, vista por un observador minucioso, con emotividad, con inspiración con realismo, ese realismo dramático de los detalles que en su memorial de la Pasión, haran de fray Luis el mas veraz y el conmovedor de los imagineros:" Aquí le ves cubiero don aquella púrpu-

ra de escarnio, la caña por cetro real en la mano y aquella horrible diadema en la cabeza, y aquellos ojos mortales, y aquel rostro difunto y aquella figura tan borrada con la sangre.."

Ahora para terminar volvemos al religioso asomado a la ventana de su celda en Lisboa. Y volvemos a Azorin:
El viejecito medio ciego, fatigado por los años y los achaque, no puede ver las estrellas que comienzan a brillar en el crepúsculo..Nadie como él ha dado la sensción profunda del tiempo y de la eternidad. No ve las estrellas en el cielo con los ojos terrenales, pero su espiritu está prxímo a la liberación definitiva. Ydentro de poco el alma volará por el empíreo, más alla de las estrellas fulgentes, hacia la eternidad." Hasta aquí Azorín. . Y el dominico cordobés fray Alberto de Aguayo, que acompaña en aquellos dias a Fray Luis nos dirá de su nostalgia por Tscalaceli, de su deseo de peregrinar de nuevo por la Via-Sacra de volver al convento de la oración y la meditación. Junto a Fray Luis está "su" Kempis. Abre una página y lee: Allí estoy donde está mi pensamiento; allí está mi pensamiento a menudo : donde está lo que amo.

P. C. B.

El dedo sobre el atlas

CENTENARIO DE LA FUNDACIÓN

DEL

COLEGIO PÚBLICO HERMANOS LÓPEZ DIÉGUEZ

Conferencia pronunciada por PABLO GARCIA BAENA.-

CORDOBA, otoño de 1998.-

Poner en orden la memoria visual de la infancia, el dato que se pierde en el repliegue de los días, el país de niños fantasmas que nos miran desde fotografías de colegio, desde grupos que el profesor ordena en escalinata de méritos. Unos nombres de compañeros te rondan todavía, aunque algunos hayan traspasado ya la puerta estrecha; pero siempre te quedan, en la niebla de aquellos años, vívidas palabras doctrinales o hirientes, carteras portalibros, el borrón de tinta sobre la madera del pupitre. Y el tacto suave de un jersey, la canción de alguien que se aleja, el olor del pan con el alba desde el horno cercano...

En los años de lluvia y siempre llueve en los recuerdos de la niñez, el arroyo crecido de San Andrés pasaba por el centro de la calzada y mi casa de la calle de las Parras quedaba a la otra orilla, digamos, de la escuela. A la altura de la calle de la Pelota, nombre imborrable en la memoria popular, por más que entonces, como ahora, la calle se llamara Muñoz Capilla, había un pequeño puente que los niños atravesamos alegres y mojados, las botas altas de cordones chorreantes del chapotear en los charcos. A veces jugábamos a que el agua moviera pequeñas aspas de latón que se guardaban de riada en riada y que nos parecían molinos. Tal era todavía viva la memoria agraria de la ciudad, cercada por el estruendo de las pesadas muelas en moliendas de trigo o de aceitunas: Molino de los Ciegos, de Sansueña, de la Alegría. Molinos de Lope García, de Martos, de San Antonio, ya junto a la escama undosa del río, calle de los Molinos Alta o baja. Un río bravo en las avenidas o riadas, como la del soneto de Góngora: "Rey de los otros ríos, caudaloso", o doméstico de tarajes y juncos cuando en el estío, por los Arenales, nos llevaban a bañarnos junto a los peñascos de San Julián.

La casa de la calle de las Parras. Mi hermano Antonio de soldado con quepis y capa, alto, alto, y el niño admirando aquel disfraz militar que lo hacía distinto, temerario como los héroes de los cuentos. Y Rafalita y Conchita y Margarita cuidando el patio de los geranios y la celinda, y mimándome hasta el enfado, bajo el alto emparrado que con el verano y las avispas se llenaba prodigiosamente de uvas agrias y fuertes pero que a mí me parecían dulces como las que rodeaban la hostia santa en las estampas de comunión de mis primos mayores.

La calle de las Parras, limpia de aceras relucientes, con hierbas de verdor entre el empedrado, con casas humildes que habían sido de los frailes de San Agustín, de crujías altas de vigas conventuales y barandas azules de solanas dando a los patios olorosos de los jazmines, de pozos hondos y misteriosos, donde siempre una cara incógnita nos asustaba o nos decía: ese eres tú ya ahogado. Agua clara, fresca, burbujeante en el verano y mansa y tibia en las mañanas del invierno. Y cercana a la escuela, dividida en aquellos días en

secciones de niñas y niños, las niñas con lazos altos y tiesos en el pelo, los niños de gastados abrigos o baberos con la franja negra del duelo, imprescindible en el escalafón de años de los lutos.

¿Cuándo ve el niño su primer muerto? Lo empujaron hasta una ventana baja de la calle del Hinojo, en húmeda casa vinculada a la ermita del Buen Suceso. Allí estaba tendido en el humilde féretro D. Ildefonso, el cura coadjutor de San Andrés, vestido con la casulla morada de la Cuaresma, atado el cáliz a las manos y me miraba tal y como hacía vivo al salir de la sacristía a decir misa en la pequeña ermita el día de San Expedito, devoción de moda por aquellos días. Así lo encaminaron a hombros por las calles hasta la parroquia, destapada la caja, el difunto cartón agrietado de la cara dejaba ver la tecla amarillenta de un diente postizo, entre el gregoriano destemplado de los sochantres y sacristanes.

De la misma ermita desaparecida llevaban a San Andrés en los días anteriores al Viernes de Dolores, una imagen de la Dolorosa, sin ninguna algazara procesional, de manera anónima y casi a hurtadillas, aprovechando las horas solitarias de la siesta. Así me la encontré alguna vez, por Francisco del Rosal de manera súbita a la enlutada Señora en su duelo de azabaches y lágrimas, de trapillo, pero más cercana y maternal que cuando la enjoyaban para los días sacros. Y me volvía a la imaginación el capítulo, tal vez recién leído en el colegio, del ingenioso hidalgo, donde D. Quijote se encuentra también, por los campos yermos, con la Dolorosa, Dama de la Tristeza.

Mi primer profesor fue D. Luis Galiano, atildado y bondadoso, estampa que me parecía llegar del siglo XIX, con recortada barba y traje oscuro en la dignidad de la pobreza proverbial de los maestros. Bondad que no le impedía reverstirse de autoridad severa y hacer uso sobre la mano extendida del colegial, de la temible y pedagógica palmeta. Alguna vez supo mi mano del calor del castigo. La clase grande y baja tenía un zócalo verde que nos servía de pizarra y la tiza dibujaba en caligrafías distintas, el entramado desigual del destino.

Una baraja de pequeños cartones con el abecedario, nos servía para formar palabras donde, sobre la banca, como en un puzle o rompecabezas el niño aprendía la corporeidad de la voz escrita y la traza de los más bellos vocablos: madre, árbol, pájaro, isla.

Los alumnos podríamos ser de 60 a 70, y aún más. Algunos apellidos me rondan imborrables: Trillo, Hernández, Urbano, Extremera, de la Peña, Nevado, Almoguera, Boti, Tinte, el que luego será famoso futbolista. Genealogía de nombres que se pierden en el oscuro y acechante huracán de la guerra.

De la imagen en sepia de D. Luis Galiano, con su leontina sobre el chaleco y su vigilante paseo, regla en mano, entre los bancos, ascendí no sé si por méritos o por edad a la segunda clase. Allí el profesor era D. Rafael Cortés y de él guardo un hondo, casi familiar recuerdo, tal era su cariñosa dedicación al alumno. Lo veo inclinado y atento a corregir los dictados, con mirada ~~casi~~ blanca y nubosa, de ceguera anunciada. Para que le ayudara en su dulzura con aquellos cerriles críos, llevaba a su hija, jovencísima y sonriente. Ante tanta confianza la clase alborotadora de por sí se rendía y cantábamos himnos a la patria y a Córdoba, o bien entonábamos en soniquete adormecedor la tabla de multiplicar. La hija de D. Rafael Cortés fue sin duda para toda la clase, ese innegable proceso amoroso que se establece, indeciso y vago, entre el colegial de babero y mocos y su primera educadora. Hay un poema de Federico García Lorca que se titula "Escuela" y es un diálogo entre el maestro y el niño. De alguna forma me remite a aquellos días. Dice así:

Maestro- ¿qué doncella se casa

Con el viento?

Niño: La doncella de todos

Los deseos.

Maestro: decid como se llama.

Niño: - su nombre es un secreto.

D. Felipe García-Gill, grueso, calvo a lo Mussolini, con traje de rayas y bastón, era el maestro de la tercera clase. Se subía a la tarima de autoridad que elevaba su bufete y colocaba el bastón sobre el tablero de la mesa. Lograba impresionar a diario con su llegada de caudillo, pero luego era todo miel. Su enfado era solo para el lector torpe que tropezaba, cómico, en los capítulos quijotescos. D. Felipe era un cervantino de devoción y oía atento, y con el mismo gusto de una primera lectura, las malandanzas del hidalgo. Pasado el tiempo fui muy amigo de su hijo Gabriel García-Gill, periodista del diario "Córdoba", poeta, traductor de la Unesco. Durante muchos años fuimos compañeros inseparables con Ricardo Molina y Juan Bernier en tentativas literarias.

No recuerdo si los cambios de clase coincidían con un nuevo curso o al elevar los conocimientos. El aula cuarta estaba dirigida por D. Luis Alonso, tal vez un poco cojo y del que conservo un retrato borroso. Un buen día aparecía por la escuela -y esto era una fiesta- un fotógrafo de los de máquina con trípode y paño oscurecedor. En el patio, por aquello de la luz, se fingía una clase con tarima y escritorio y como fondo de escenario un caballete con el mapa de

España. En esa foto está D. Luis en su sitio de despacho y yo, abrigo respingón y sonrisa, señalando al azar con un puntero un río o una cordillera.

Azar que me llevaría hasta la quinta clase, regentada por D. Luis Rodríguez, persona eficaz en el imbuir a los alumnos un sentido de emulación casi deportivo. Bajo su arbitraje conseguía siempre los primeros puestos –nunca el primero- pues mi mala letra de la que estoy tan orgulloso, me alejaba de ese privilegio, a pesar de tantas planas emborronadas de palotes y de tanta imitación de caligrafía inglesa.

Con una primavera lluviosa desapareció de la clase el retrato de D. Alfonso XIII y a los pocos días colocaron un gran cuadro de la república en colores, gorro frigio y sandalias, abundante escote ceñido, balanza en el fiel y bandera ondulante con franja morada. El león, sumiso, parecía besar los pies y la túnica, a semejanza de las ilustraciones de los libros con los mártires en el circo romano. Llegó la república el 14 de abril de 1931 y yo me veo en el Realejo, para presenciar una como procesión cívica que subía desde el cuartel de Sagunto. Recién terminada la Semana Santa, aquello me pareció muy semejante con las mismas bandas de tambores y trompetas, las marchas, las banderas nuevas con el morado que decían venir de los comuneros, los retratos de Galán y García Hernández enmarcados en coronas de laurel y de víctores. Todo un tanto deslucido en el conocido, tradicional, sin entusiasmo cordobés.

Pasado un año, en el primer aniversario republicano, se convocó a los niños de las escuelas públicas para que fuéramos a cantar el Himno de Riego, entonces nacional, en la plaza de las Tendillas, llamada como era de esperar Plaza de la República. Meses antes ensayábamos en el local del Centro Filarmónico de la calle Ambrosio de Morales. Cantábamos sin saber lo que decíamos aquella letra pomposamente retórica:

La trompa guerrera

Sus ecos da al viento,

Honor al sediento,

Ya ruge el cañón.

Sin embargo sí nos conmovía la misma música cantando la historia de Marianita Pineda, leal flor romántica en los corros de niños:

Marianita salió de paseo

A la vuelta se puso a bordar

La cogieron los guardias bordando

La bandera de la libertad.

Marianita declara, declara,

Que si no morirás, morirás.

Si declaro moriremos muchos,

Y si no moriré yo "na" más.

Y había otra letra pícara y desvergonzada que oímos alguna vez en la tabernaria voz nocturna de los borrachos:

Las iglesias serán las tabernas

Los curas los taberneros etc.

Anteriores a la república hubo otras intervenciones de escolares en actos oficiales de la ciudad como la inauguración de la estatua al Duque de Rivas, para la que fuimos convocados con estas palabras:

"vestido de gala y haciendo fiesta de este día, asistas a la inauguración y aún para que lleves tu ofrenda de flores al poeta".

Y sin embargo tengo la certeza de no haber asistido ni al canto de las Tendillas, ni al estreno de la estatua del Duque. Tal vez providenciales anginas me impedirían presenciar tales fastos.

Diversos acontecimientos civiles y religiosos precedieron en 1929 a la consagración del monumento al Corazón de Jesús en las ermitas. Procesión magna con San Rafael y la Virgen de los Dolores, actos académicos y culturales en el Seminario, novenas y campanas en las parroquias, colgaduras con el "Reinaré en España" en balcones y cierres. Inolvidable el recorrido de los niños con sus banderitas de papel bicolor, en un itinerario largo de vivas, aclamaciones, motetes y jaculatorias. Creyéndome desfallecer mi madre se acercaba con el pan y el chocolate de la merienda, olvidados entre el tremolar de risas y banderas. Corazón niño en estas dulces tardes de beso y chocolate.

Anualmente el Ayuntamiento regalaba juguetes en los colegios la mañana del 6 de enero. Ilusionados tras el paso de los Reyes Magos que la fantasía de su organizador D. Carlos Romero Berral convertía en deslumbrante cortejo y trasmutaba -como si poseyera una vara mágica- los burros en camellos y las hijas de María en bayaderas persas, íbamos a la escuela en la mañana ilusoria.

Los regalos eran siempre modestos -trompos girantes, carritos de madera, caballitos de cartón- pero un año los magos o el concejal encargado equivocaron los sacos de presentes y nos dejaron juguetes propios de niña. El disgusto fue grande y a mi me dieron un diávolo de madera, que yo disimulé al salir bajo el abrigo.

¿Qué leíamos o estudiábamos en las largas inacabables horas como en el recuerdo infantil de Antonio Machado:

Una tarde larga y fría

De invierno. Los colegiales

Estudian. Monotonía

De la lluvia en los cristales.

Obligados eran los capítulos de D. Quijote en la edición compendiada para niños. A veces los maestros leían cuentos, Piel de asno, La hermosa Sietelindas o las morales fábulas de Samaniego con su coletilla mezquina. Tras el aprendizaje en las cartillas de "Rayas" se pasaba a la enciclopedia de Dalmau con nociones simples de gramática, aritmética, historia, etc. Más divertido era el "Manuscrito", impreso en caracteres de escritura a mano y donde junto a Santa Teresa o Calderón de la Barca contaban la historia de dos hermanas –la cigarra y la hormiga- una modista de porvenir, la otra arruinada por la lotería. Los consejos eran siempre poco generosos y miserables.

Algo que ya no se hace es el despertar al conocimiento y al amor por la ciudad. Leíamos la "Historia de Córdoba" del cronista José María del Rey, con las leyendas, los nombres sonoros de los que aquí nacieron. Alguna vez nos visitaba el autor –vivía muy cercano al colegio- y su voz grave y vívida contando esplendores pasados nos hacía verlo como uno de los cordobeses que fueron a América con Colón, o un clérigo contemporáneo de Góngora, o hubiera visto a la niña sacada de su cuna por las bayonetas francesas. Dejó una semilla inolvidable que por desgracia murió hasta la raíz. Ahora la ciudad desmemoriada e ignorante copia lo foráneo y estamos disfrazados como en un continuo "Bien venido Mr. Marshall".

Llegada la cuaresma el catecismo del Padre Ripalda se imponía con sus viñetas de demonios sulfúreos o de celestiales glorias confortables. A mi me encantaban los dibujos de las siete Virtudes, aquellas bellas damas vestidas como las actrices de "Genoveva de Brabante" que yo había visto en el "Salón San Lorenzo" y rodeadas de misteriosos símbolos: espejo, víbora, columna, ancora.

Nos llevaban a confesar en San Andrés en preparación de la primera comunión, aún lejana. D. Fernando Poveda, el párroco, hacía confesiones colectivas. Puestos de rodillas 6 o 7 escolares de la misma edad nos preguntaba si amábamos a Dios y a la Virgen, si queríamos y respetábamos a nuestros padres y maestros, si nos peleábamos con nuestros hermanos y amigos; luego nos daba la absolución y salíamos de la iglesia como ángeles según decían nuestras madres y ese era un día especial de mimos y regalos en la casa, aunque el gusanillo de la conciencia -según decían- se moviera en lo hondo, ese hondo ¿dónde era? con las gongorinas bellaquerías tras de la puerta cometidas ya por aquellos angelitos.

Sonaba la campana de los recreos y era una estampida de voces y carreras, atropellándonos por las galerías. ¿A qué jugaban aquellos niños? Diría que a gritar libres, a correr liberándose de la hormigilla de la inmovilidad. A guardias y ladrones, a las cuatro esquinas, a pídola o piola -como decíamos- con su espolique:

A la una la mula, a las dos la coz, a las tres Juan Periquillo y Andrés, a las cuatro rabo de gato, a las cinco te la hinco, a las seis "corná" de buey, a las siete saca y mete, a las ocho salto cojo, a las nueve de bonete, a las diez vuelve al revés. Los patios eran pequeños para tanto entusiasmo en tensión; en el de entrada daban sombra unas moreras y en el interior un níspero era verdoso objeto del deseo cuando las frutillas caían y sus huesos oscuros y suaves subían y bajaban en el juego del güito.

Por las calles cercanas a la escuela bullía la vida con nombres y oficios propios y los ruidos, los olores, los pregones, el afán trabajoso de cada día, como una rueda implacable marcaba horas y estaciones. Brotaba sobre el empedrado la diabla que llevaba y traía viajeros a la estación, los aveneros, la pala hundida en la grava de los serones, el afilador con su rueda de chispas, los panaderos en la mula cubierta de hule en los días de lluvia. Abría "El Esmero", la tienda de coloniales con su barrica de arenques, el horno de tortas apilaba la jara de la sierra, olía la madera y el serrín en el taller de Aranda. Conocíamos los nombres: Currito el zapatero de la Beatilla, Esperanza la aguadora de la Fuenseca, Emilio el de la especería, Zurito el picador en los días de feria y las monjas de Jesús Nazareno con su estampa acristalada para la demanda. Cuando las anginas apretaban el cuello de bufandas, don Manuel Salinas o don Rafael Nevado atendían de cataplasmas y naranjadas calientes, la fiebre del niño. El relojero José Lara daba cuerda a los relojes descompasados del tiempo.

Un tiempo ido para siempre pero como decía Borges somos nuestra memoria, ese conjunto de espejos rotos. Y Ortega afirmaba que sólo a través del pasado se explica el presente. En esta escuela, tan viva como ahora, nací a la lectura que es

como decir a la vida. Y he visto en los libros la selva que arde con las ~~odas~~ alas de pájaros ignotos en Robinson, y el embudo gigante abriendo el oleaje de Julio Verne, y los tigres en la sombra a listada de Salgari. Más tarde el amor de Beatriz y el de Ofelia y el de Melibea. En "Rojo y Negro" pasaron los seminaristas de Sthendal y las cúpulas ortodoxas se tiñeron de sangre con el crimen y el castigo. Ví la soledad de Góngora, y las cerezas del cementerio y el tapial de una celda en la noche más oscura del alma. La vida entera abierta como un libro claro y a la vez indescifrable. Pero todo empezó en esta casa.

Antes de que el buen Rey Carlos III iniciara con la Cédula Regia de 15 de Julio de 1767 la creación de las nuevas poblaciones de Sierra Morena, la Calzada Romana, la Vía Augusta de Gades a Roma, atravesaba estos campos de verdes parcelas y olivares plateados salpicados de villas y cotijos de blanca arquitectura, casi como ahora se muestran a nuestros ojos. El tiempo y los hombres, en el abandono de siglos y guerras é invasiones, convertían el amable paisaje romano en tierras baldías, el boscaje impenetrable de jaras y monte bajo guarida de alimañas y bandoleros, que se concería como el Desierto de la Parrilla, donde sólo una torre ó venta daba cobijo al extraviado caminante. La dilatada dehesa era también campo propio a la gallardía del caballo, los fayonios andaluces, que diría Don Luis de Góngora.

Y antes que la Real Cédula Carolingia, tan antiguos como el terreno que pisaban - llano de la Membrilla, Arroyos del Gato, de Colmenar ó de Guadalmazán, Charco Bermejo ó el Arrecife, Camino de los Naranjeros ó La Fuencubierta - estaban ya mis antecesores dos Baena, hombres del campo, faeneros, mozos de mulas, faquines, peones, jornaleros, que sabían de sementeras y predriscos, de pastos y besanas, de moliendas y trillas, del rotar de los tiempos prósperos ó las sequías adversas, enraizados como árboles en pié a la tierra pródiga ó dura ó cicatera, con el [illegible] de sol a sol, el sudor y las lágrimas del pan nuestro de cada día. Habían nacido en los pueblos cercanos, Fernán Nuñez, Montalbán, La Rambla, hombre rudos que se enamoraban de muchachas, como en la poesía de Juan Ramón, vestidas de blanco, cantando al amanecer, entristecidas. Muchachas de pueblos más alejados, Priego, ó Guarromán ó Ecija, y ellas se llamaban Isabel Ruiz de Cáliz, ó Lucía Crispín, Rosa Toledano ó Francisda de Campos. Y nacían

los hijos, el estío de la sangre campesina mezclándose en arterias de hidalguía, de inquisidores, de judaizantes, de mercaderes, la fertilidad recóndita del campo andaluz, como diría el ensayista Díez del Corral.

Cambian los tiempos con la llegada de los colonos europeos en 1.768 y la Real Carlota, erigida como capital de las nuevas poblaciones, empieza a ver crecer a ambos lados del camino abierto los monumentales edificios de la Posada Real y Casa de Postas, el Palacio del Intendente y la cárcel, la Parroquia, con sus torres mellizas asomadas curiosas a la campiña, donde al par también se creaba una nueva sociedad agrícola con la delimitación de las suertes y los departamentos, y la casa del colono, ejemplo blanco del caserío rural. Todo el plan organizador de Pablo de Olavide y del Intendente Fernando de Quintanilla se lleva con la celeridad asombrosa, y con prisas se insta a buscar a maestros tejeros que vayan a la Parrilla y que imnediatamente se pongan a fabricar hornos para tejas."

El ladrillo y la cal, en un deseo de mármol, como decía Juan Bernier, conforman la geometría armoniosa de las soberanas edificaciones, de un sereno barroco que lleva a la línea neoclásica, ese clasicismo que olvida la adustez cordobesa para sonreir con la cercanía de Sevilla.

Un día dorado por el Otoño último, traspasé con José Luis Romero el blanco umbral del cementerio. Allí están ya unidos a la tierra madre los pocos familiares de La Carlota que conocí en vida, Fernando Aguilar, la tía Curra, ~~su Sobrina Antonia~~. La tía Curra, parece que era tía de mi madre, llenó mi infancia de pequeños ramos olorosos de cariño. Vvía en Córdoba, en las Rejas de Don Gome, en una casa esquina a la calle Zarco. Alta y soltera, enlutada, con una voz sonora, la veo desarrugando sobre la mesa larga, al calor de la plancha de carbón, chaquetas, chalecos, panta-

lones. Era sastra y tenía para mí una cierta ternura cuando abría el misterioso chinero donde guardaba sus humildes tesoros, (figuras de biscuit, cajitas de latón dorado, cristales quebradizos y tintineantes,) y me daba las almendras del Carnaval, mientras yo veía y oía desde su balcón el grito destemplado de las máscaras y los carros que llevaban el humor negro y goyesco de las murgas al compás de San Agustín. En la paz serena del pueblo que tanto quiso está también mi inolvidable amiga Candida Guerrero Natera. Para todos ellos la humildad del geranio y la luz perpetua.

Mi madre era para mí La Carlota. Un lugar alejado en el tiempo y los recuerdos, donde nunca vine. Con su hermana Rosario hablaban de familias, de tiendas, de bodas y bautizos. Allí, en la Parroquia de la Inmaculada se casó ella con Antonio García, tallista, el recluta recién llegado de la guerra de Cuba, para aliviar don su juventud los desastres patrios. Allí en la Inmaculada, se casaron también sus padres Juan José Felix Baena Toledano y María Encarnación Isidora Campos Alvarez, muerta siendo niña mi madre. Perdurará la línea genealógica de La Carlota hasta unas bisabuelas, Maria Rosario é Isabel María, y ya se perderá, hacia Ubeda por los Campos y hacia Ecija por los Alvarez. Algo queda muy claro: no tengo ningún apellido de los colonos extranjeros, soy, orgullosamente, un andaluz integral.

Decía Juan Ramón Jimenez: "No ~~xxxx~~ soy presente sólo, sino la sustandia de todo lo vivido y de todo lo por vivir." Las vidas de los que me precediron están en mí como el éter flota en el rayo de luz ó los colores difusos en el Arco Iris. Algo habrá en mí de los Toledanos judíos, de los Baena faeneros, ó de los Campos inquisidores, de los mozos de mulas ó de los mercaderes y de las pálidas abuelas Isabel María, Rosa, Lucía, Can-

delaria. Ellos son yo.

Quedan ya sólo los agradecimientos. Ala Excma. Sra. Dª Carmen Calvo Poyato, Ministra de Cultura, por darle solemnidad a este acto de familia. Al Ilmo. Sr. Alcalde de La Carlota, D. Francisco Pulido Aguilar, y a todos los Concejales del Ayuntamiento que preside. A la Ilma. Sra. Rafaela Crespín Rubio, Vicepresidenta de la Diputación cordobesa. A todos los que se afanaron por que llegara este día inolvidable, especialmente María del Olvido Hidalgo, a mi querida familia, Joseé Luis, Soledad, Teresa, a Rafael Benitez y Conchita Luque, y a cuantos hicieron por que este acto quede para siempre en mi corazón. Gracias.

ACEPTÉ ENCANTADO CUANDO ME PROPUSIERON PRESENTAR EL ACTO QUE HOY NOS REUNE, PORQUE CASA, AUTOR, Y LIBRO TIENEN TODOS LOS GRATOS COMPONENTES QUE DAN LA AMISTAD Y LA COMPLACENCIA, NO FRECUENTE, ANTE LA OBRA BIEN HECHA. Y AQUÍ, EN ESTA HORA, HAY UNOS DE ESOS RAROS MOMENTOS, DIGAMOS ESTELARES, O DE DESTINO, EN LOS QUE CONFLUYEN Y SE ACIERTA COMO LAS MANECILLAS DE UN RELOJ EN UN CENIT DE HORA EXACTA, TEMA Y AUTOR INSEPARABLES. LA CASA HA ENCONTRADO SU HISTORIADOR Y ESTE SU AMBITO PROPICIO, QUE NO ES OTRO QUE CÓRDOBA. Y EL AUTOR FRANCISCO SOLANO MÁRQUEZ, PERIODISTA Y ESCRITOR NATO, QUE NO SE CONFORMA CON LA NOTICIA DEL DIA SINO QUE INVESTIGA Y DA EL DATO EXACTO QUE EN ESTE CASO LLEGA CON LA LOZANIA DE LA TINTA FRESCA. EL AUTOR HA BUSCADO HASTA ENCONTRARLO EL "GENIUS LOCI" DE ESTA MORADA CENTENARIA PARA EXPONER EN LAS PÁGINAS DE SU LIBRO. ORIGEN, TRADICIONES, ACONTEMIENTOS. Y LO HA BUSCADO POR LAS GALERIAS ALINEADAS DE BARRILES EN LOS QUE EL VINO LATE VIVO COMO UN CORAZON O POR PATIOS ENCALADOS DONDE QUEDA ¿O ES UNA GUITARRA? UN MURMULLO COMO DE VOCE POPULARES AL REDEDOR DEL POZO, O POR SALAS QUE FUERON ALCOBAS Y CONFECIONARIOS PARA LA CULPA Y LA DEVOCION. Y QUIEN ES ESTE QUERIDO AMIGO FRANCISCO SOLANO MARQUEZ DE VIEJA ESTIRPE CORDOBESA AUNQUE SU HERALDICA SEA LA DE SUS VIRTUDES: ATENTO, AMABLE, MINUCIOSO, DISCRETO, SU ENCENDIDO CARIÑO POR LA CIUDAD ESTÁ PRESENTE EN TODA SU OBRA ESTIMADA Y RECORDADA SIEMPRE: PUEBLOS DE CORDOBA... E.S.E.S... de la A a la Z,

Guía secreta de Córdoba (1976), *La provincia de Córdoba en el bolsillo* (1978), *Visita al Palacio de Viana y pequeña historia de su reivindicación* (1980), *Memorias de Córdoba* (1986), *Córdoba de ayer a hoy* (1988), *Rincones de Córdoba con encanto* (2003) y *La Córdoba de Antonio Cruz Conde, el alcalde que cambió la ciudad* (2007), así como las guías turísticas *Vive y descubre Córdoba* (2000), *Córdoba* (2001) y *Los monumentos de Córdoba en el bolsillo*

ESA PASION POR CORDOBA ME HACE RECORDARLO EN LOS DIAS DE SU LABOR PROFESIONAL EN EL VIEJO PALACIO DE VIANA, DANDO EN TONO Y ALMA AL CASERÓN DE LOS VILLASECA, SIN PERDERSE JAMAS EN EL LABERINTO DE LOS JARDINES O EN LA CONFUCCIÓN DE LOS ARCHIVOS, LEGAJOS, Y EJECUTORIAS, ALLI EN CHARLAS IMBORRABLES , LAMENTÁBAMOS EL PROGRESIVO DESVANECER DE LA CIUDAD DE DESTINO, LA CONTINUADA DESAPARICION DE RINCONES Y PATIOS, EL ROTULAR DE CALLES HISTÓRICAS CON NOMBRES INAPROPIADOS, EL ENMASCARAMIENTO DE PLAZUELAS EN CARNAVAL TURISTICO, PACO SIEMPRE DESDE LA MESURA, LA DIGNIDAD, EL BIEN DECIR, LA CORTESÍA, Y NOS ACORDÁBAMOS DE D. ANTONIO MACHADO O DE LA SITA DE ORTEGA Y GASSET: "CÓRDOBA SIGUE AROMANDOME MELANCOLICAMENTE NUESTRA MEMORIA COMO UNA AZUCENA MISTICA, PERO ¡AY! MURIO HASTA EL FONDO, HASTA LA RAIZ: ES SOLO UN RECUERDO.

ESTE ES EL AUTOR, Y AHORA NOS ADENTRAMOS POR LAS MAS DE 300 PAGINAS DEL LIBRO, LIBRO, CÓDICE, SUMMA HISTORICA NO SÓLO DE UNA FAMILIA, LOS CAMPOS, Y UNAS BODEGAS, SI NO DE UNA CIUDAD, LOS ULTIMOS 100 AÑOS DE CORDOBA, CON SUS PERSONAJES ILUSTRES O POPULARES QUE PASARON POR ESTOS CORREDORES, SE ASOMARON A LAS BARANDAS DE AZULILLO Y GERANIOS, Y DEJARON SU FIRMA COMO EL QUE SIGNA EL MAS ALTO PERGAMINO, EL QUE CERTIFICA LA CRÓNICA DEL TIEMPO.

HASTA
HACÍA LA CORDOBA DE FINALES DEL SIGLO XIX TAL Y COMO LA VEMOS EN LOS GRABADOS DE ROBERTS O EN LAS LITOGRAFÍAS DE PARCERISA, LLEGA DOMINGO CAMPOS DESDE LA "SORIA FRÍA, SORIA PURA, CABEZA DE EXTREMADURA" SEGÚN SU LEMA HERÁLDICO, Y LA CÓRDOBA QUE ENCUENTRA NO ES MEJOR QUE LA MESETA CASTELLANA. OIGAMOS AL
ANTONIO
HISTORIADOR JAEN: NUNCA FUE CORDOBA MENOS CORDOBA QUE EN EL SIGLO XIX, TODO O CASI TODO, LO OLVIDAMOS. Y ESTUVO LEJANA, MUY LEJANA EL ALMA DE LA CIUDAD. Y SIN EMBARGO ES LA CORDOBA CULTA DE D. JUAN VALERA, DE BORJA PAVÓN, DE REY HEREDIA, DE ROMERO BARROS Y LOS ROMEROS DE TORRES, DE LOS RAMIREZ DE ARELLANO, DEL CONDE DE TORRES CABRERA, DE LOS MONTIS, NOMBRES QUE SON SOLO ESTRELLAS BRILLANDO SOLITARIAS SOBRE EL PÁRAMO.

QUIEN LE IBA DECIR AL JOVEN Y AUDAZ SORIANO DOMINGO CAMPOS QUE SERÍAN SU HIJOS Y NIETOS, YA TAN CORDOBESES COMO LAGARTIJO, LOS ADELANTADOS EN BUSCAR Y ENCONTRAR ENTRE TANTA BARATIJA PEÑÍSTICA, EL ALMA VIRGEN DE LA CIUDAD, EL RECUERDO FLUYENDO COMO AGUA VIVA, AGUA CERCANA DEL POTRO TAN LIMPIA COMO EN LOS VERSOS DE JULIO AUMENTE:

"LLENABAN LAS PROFUNDAS CÁNTARAS
LAS MUJERES DE LA AXERQUÍA
CON LARGAS ESTRECHAS CAÑAS."

PÁGINA A PÁGINA EL LIBRO VA DESGRANANDO CON LOS ANALES DEL SIGLO, EL GRADUAL CRECIMIENTO Y AUGE DE LA BODEGA, EL AGRUPAR DE CASAS, LA SUCESIÓN DE CÁMARAS Y ESCALERAS, EL AÑADIR DE ARCOS CLAUSTRALES, COMO UN SER VIVO QUE SE ENGRANDECE, FORMANDO ESE MOSAICO QUE NOS DICE EL AUTOR, TESELAS QUE UNEN CON SUS NOMBRES EL ENTRAMADO CASI LEGENDARIO DEL ACERVO: CASA DEL SANTO DIOS, PATIO DEL GALAPAGO, CORREDOR DE LAS MONJAS.

NI UN SOLO CAPITULO DEL LIBRO MAYOR DE LA CIUDAD QUEDA FUERA. TRADICIONES QUERIDAS DEL PUEBLO, HECHOS HISTORICOS, NOMBRES ILUSTRES, VISITAS REGIAS. LA NOBLEZA DE LOS VINOS ENLAZA LA VID CON EL BLASON PATRICIO; RACIMOS Y PAMPANOS JUNTO AL ORO Y LOS GULES DE LOS VIEJOS APELLIDOS EN CEPA UNICA.

DESDE LA CORONA DUCAL A LOS CANTAORES, DESDE LOS POETAS A LOS TOREROS, DESDE LAS GANADERIAS Y LOS CABALLISTAS AL TABLAO DE LA BAILAORA, QUEDAN PARA SIEMPRE LOS NOMBRES DE ALBA, ANTONIO CAÑERO, EL PELE, ANA CARRILLO, EL CORDOBES, RICARDO MOLINA.

Y LAS FOTOGRAFIAS PASAN EN DOCUMENTAL CINEMATOGRAFICO, ILUSTRANDO EN CONTINUADO NODO EL DEVENIR DE LOS HECHOS INTEMPORALES. ASI, EL CARTEL DE LAS FERIAS SIGUE ENCENDIDO DE FAROLILLOS, EL PAÑOLÓN DE MANILA FLORECE EN LOS BALCONES DE LA FIESTA Y EL CAPOTE TAURINO QUEDA, RIGIDO, EN LA MEDIA VERONICA DE LA LIDIA. Y NOS ACORDAMOS DE ALBERTI:

"DIME COMO TE LLAMAS

FLOR CINERARIA.

ENTRE LOS ANDALUCES LA PASIONARIA."

HAY UNA AROMA DE CORPUS, UN OLOR FRESCO DE MASTRANZOS POR EL EMPEDRADO DE LOS PATIOS. CON EL AUTOR, CON FRANCISCO SOLANO MÁRQUEZ, LA HISTORIA DE CÓRDOBA PASA POR LAS BODEGAS CAMPOS.

ACEPTÉ ENCANTADO CUANDO ME PROPUSIERON PRESENTAR EL ACTO QUE HOY NOS REUNE, PORQUE CASA, AUTOR, Y LIBRO TIENEN TODOS LOS GRATOS COMPONENTES QUE DAN LA AMISTAD Y LA COMPLACENSIA, NO FRECUENTE, ANTE LA OBRA BIEN HECHA. Y AQUÍ EN ESTA HORA HAY UNOS DE ESOS RAROS MOMENTOS, DIGAMOS ESTELARES, O DE DESTINO, EN LOS QUE CONFLUYEN Y SE ACIERTA COMO LAS MANECILLAS DE UN RELOJ EN UN SENIT DE HORA EXACTA, TEMA Y AUTOR INSEPARABLES. LA CASA HA ENCONTRADO SU HISTORIADOR Y ESTE SU AMBITO PROPICIO QUE NO ES OTRO QUE CORDOBA. Y EL AUTOR FRANCISCO SOLANO MARQUES, PERIODISTA Y ESCRITOR NATO, QUE NO SE CONFORMA CON LA NOTICIA DEL DIA SINO QUE INVESTIGA Y DA EL DATO EXACTO QUE EN ESTE CASO LLEGA CON LA LOZANIA DE LA TINTA FRESCA. EL AUTOR HA BUSCADO HASTA ENCONTRARLO EL "GENIUS LOCI" DE ESTA MORADA CENTENARIA PARA EXPONER EN LAS PÁGINAS DE SU LIBRO. ORIGEN, TRADICIONES, ACONTEMIENTOS. Y LO HA BUSCADO POR LAS GALERIAS ALINEADAS DE BARRILES EN LOS QUE EL VINO LATE DIGO COMO UN CORAZON O POR PATIOS ENCALADOS DONDE QUEDA ¿O ES UNA GUITARRA? UN MURMULLO COMO DE VOCE POPULARES AL REDEDOR DEL POZO, O POR SALAS QUE FUERON ALCOBAS Y CONFECIONARIOS PARA LA CULPA Y LA DEVOCION. Y QUIEN ES ESTE QUERIDO AMIGO FRANCISCO SOLANO MARQUES DE VIEJA ESTIRPE CORDOBESA AUNQUE SU HERALDICASEA LA DE SUS VIRTUDES: ATENTO, AMABLE, MINUCIOSO, DISCRETO. SU ENCENDIDO CARIÑO POR LA CIUDAD ESTÁ PRESENTE EN TODA SU OBRA ESTIMADA Y RECORDADA SIEMPRE: PUEBLOS DE CORDOBA, ...

ESA PASION POR CORDOBA ME HACE RECORDARLO EN LOS DIAS DE SU LABOR PROFESIONAL EN EL VIEJO PALACIO DE VIANA, DANDO EN TONO Y ALMA AL CASERON DE LOS VILLASECA, SIN PERDERSE JAMAS EN EL LABERINTO DE LOS JARDINES O EN LA CONFUCCION DE LOS ARCHIVOS, LEGAJOS, Y EJECUTORIAS. ALLI EN CARLAS IMBORRABLES LAMENTABAMOS EL PROGRESIVO DESVANECER DE LA CIUDAD DE DESTINO, LA CONTINUADA DESAPARICION DE RINCONES Y PATIOS, EL ROTULAR DE CALLES HISTORICAS CON NOMBRES INAPROPIADOS, EL ENMASCARAMIENTO DE PLAZUELAS EN CARNAVAL TURISTICO. PACO SIEMPRE DESDE LA MESURA, LA DIGNIDAD, EL BIEN DECIR, LA CORTESÍA.Y NOS ACORDABAMOS DE D. ANTONIO MACHADO O DE LA SITA DE ORTEGA Y GASSET: "CORDOBA SIGUE AROMANDOME MELANCOLICAMENTE NUESTRA MEMORIA COMO UNA AZUCENA MISTICA PERO ¡AY! MURIO HASTA EL FONDO, HASTA LA RAIZ: ES SOLO UN RECUERDO.

ESTE ES EL AUTOR Y AHORA NOS ADENTRAMOS POR LAS MAS DE 300 PAGINAS DEL LIBRO, LIBRO, CÓDICE, SUMMA HISTORICA NO SOLO DE UNA FAMILIA, LOS CAMPOS Y UNAS BODEGAS, SI NO DE UNA CIUDAD, LOS ULTIMOS 100 AÑOS DE CORDOBA CON SUS PERSONAJES ILUSTRES O POPULARES QUE PASARON POR ESTOS CORREDORES, SE ASOMARON A LAS BARANDAS DE AZULILLO Y GERANIOS Y DEJARON SU FIRMA COMO EL QUE SIGNA EL MAS ALTO PERGAMINO, EL QUE CERTIFICA LA CRÓNICA DEL TIEMPO.

HACÍA LA CORDOBA DE FINALES DEL SIGLO XIX TAL Y COMO LA VEMOS EN LOS GRABADOS DE ROBERTS O EN LAS LITOGRAFÍAS DE PARCERISA LLEGA DOMINGO CAMPOS DESDE LA SORIA FRÍA, SORIA PURA, CABEZA DE EXTREMADURA SEGÚN SU LEMA HERALDICO Y LA CÓRDOBA QUE ENCUENTRA NO ES MEJOR QUE LA MESETA CASTELLANA. OIGAMOS AL HISTORIADOR JAEN: NUNCA FUE CORDOBA MENOS CORDOBA QUE EN SIGLO XIX, TODO O CASI TODO, LO OLVIDAMOS, Y ESTUVO LEJANA, MUY LEJANA EL ALMA DE LA CIUDAD. Y SIN EMBARGO ES LA CORDOBA CULTA DE D. JUAN VALERA, DE BORJA PAVÓN, DE REY HEREDIA, DE ROMERO BARROS Y LOS ROMEROS DE TORRES, DE LOS RAMIREZ DE ARELLANO, DEL CONDE DE TORRES CABRERA, DE LOS MONTIS, NOMBRES QUE SON SOLO ESTRELLAS BRILLANDO SOLITARIAS SOBRE EL PÁRAMO.

QUIEN LE IBA DECIR AL JOVEN Y AUDAZ SORIANO DOMINGO CAMPOS QUE SERÍAN SU HIJOS Y NIETOS, YA TAN CORDOBESAS COMO LAGARTIJO, LOS ADELANTADOS EN BUSCAR Y ENCONTRAR ENTRE TANTA BARATIJA PEÑÍSTICA, EL ALMA VIRGEN DE LA CIUDAD, EL RECUERDO FLUYENDO COMO AGUA VIVA, AGUA CERCANA DEL POTRO TAN LIMPIA COMO EN LOS VERSOS DE JULIO AUMENTE:

"LLENABAN LAS PROFUNDAS CANTARAS
LAS MUJERES DE LA AXERQUÍA
CON LARGAS ESTRECHAS CAÑAS."

PAGINA A PAGINA EL LIBRO VA DESGRANANDO CON LOS ANALES DEL SIGLO EL GRADUAL CRECIMIENTO Y AUGE DE LA BODEGA, EL AGRUPAR DE CASAS, LA SUCESIÓN DE CAMARAS Y ESCALERAS EL AÑADIR DE ARCOS CLAUSTRALES COMO UN SER VIVO QUE SE ENGRANDECE, FORMANDO ESE MOSAICO QUE NOS DICE EL AUTOR, TESELAS QUE UNEN CON SUS NOMBRES EL ENTRAMADO CASI LEGENDARIO DEL ACERVO: CASA DEL SANTO DIOS, PATIO DEL GALAPAGO, CORREDOR DE LAS MONJAS.

NI UN SOLO CAPITULO DEL LIBRO MAYOR DE LA CIUDAD QUEDA FUERA. TRADICIONES QUERIDAS DEL PUEBLO, HECHOS HISTORICOS, NOMBRES ILUSTRES, VISITAS REGIAS. LA NOBLEZA DE LOS VINOS ENLAZA LA VID CON EL BLASON PATRICIO: RACIMOS Y PAMPANOS JUNTO AL ORO Y LOS GULES DE LOS VIEJOS APELLIDOS EN CEPA UNICA.

DESDE LA CORONA DUCAL A LOS CANTAORES, DESDE LOS POETAS A LOS TOREROS, DESDE LAS GANADERIAS Y LOS CABALLISTAS AL TABLAO DE LA BAILAORA QUEDAN PARA SIEMPRE LOS NOMBRES DE ALBA, ANTONIO CAÑERO, EL PELE, ANA CARRILLO, EL CORDOBES, RICARDO MOLINA.

Y LAS FOTOGRAFIAS PASAN EN DOCUMENTAL CINEMATOGRAFICO ILUSTRANDO EN CONTINUADO NODO EL DEVENIR DE LOS HECHOS INTEMPORALES ASI EL CARTEL DE LAS FERIAS SIGUE ENCENDIDO DE FAROLILLOS, EL PAÑOLON DE MANILA FLORECE LOS BALCONES DE LA FIESTA Y EL CAPOTE TAURINO QUEDA RIGIDO EN LA MEDIA VERONICA DE LA LIDIA. Y NOS ACORDAMOS DE ALBERTI:

"DIME COMO TE LLAMAS
FLOR CINERARIA.
ENTRE LOS ANDALUCES LA PASIONARIA."

HAY UNA AROMA DE CORPUS, UN OLOR FRESCO DE MASTRANZOS POR EL EMPEDRADO DE LOS PATIOS, CON EL AUTOR, CON FRANCISCO SOLANO MARQUEZ, LA HISTORIA DE CORDOBA PASA POR LAS BODEGAS CAMPOS.

Señora de los campos, Santa María de Araceli, Señora de las provincias y los pueblos lejanos, de los horizontes amplios que cercan vuestro monte, todo él agreste pedestal y templo, el ara viva del cielo, donde quisisteis erigir vuestro oratorio, casa de oro en la cumbre de las oraciones que os llaman bienaventurada, con el sol de los tiempos humillándose a diario en la cal de tus muros, Señora de los amaneceres y delos ocasos, todo el monte palpitando gigante con el corazón generoso de Lucena, palpitando por vuestro amor, Señora de las siembras prodigiosas en el yermo de almas.

Vuelve a nosotros esos tus ojos de misericordia en esta mañana de octubre que os trae en ofrenda la bandeja de los frutos con los alimentos sacramentales: el trigo en gavilla de orfebrería y bendiciones, la vid en verde gajo embriagante de eternidad, la alcuza pequeña de la oliva derramando la compasión. Pero Tú, Señora florecida en la abundancia de los dones, nos entregas a tu Hijo en la carne del pan cotidiano, en la sangre del vino en la pisa de los lagares, en el óleo santo y extremo que unge los sentidos cuando abres, materna, la puerta del cielo.

A Ti clamamos para que alejes la sequía y las borrascas, Señora de labrantíos celestes, de los hombres que labran la tierra, que abren los surcos en el rito repetido de la sementera, que esponjan los terrones albarizos para que el viñedo grane y los sarmientos acodalen el peso del racimo pródigo, que ahondan en las capas del suelo afianzando las cepas del olivo, la gloria del olivo creciendo a tus pies como el ramaje umbroso de la parábola donde se posan las aves del cielo.

Mira, dulce Señora de la heredad gloriosa, ante Ti la dilatada comarca en la que reinas, con el otoño arrodillado en su azafate de lluvias, pleno de los otros frutos del terrenal sustento: el limón y la cidra, brasa de las naranjas en el verdor húmedo de las hojas, el áspero membrillo y el coral de los higos, los nísperos acedos y el dulzor de rubí de las granadas, la bujeta cerrada de castañas y nueces, todo este huerto cerrado de vuestra letanía, edén andaluz en el que por tu gracia y privilegio vivimos.

¡Qué abundosa vuestra cosecha henchida de dádivas! Magnánima Lucena levanta capillas, cúpulas, camarines, donde las yeserías se desbordan

con el arrebato del barroco y sobre las molduras y los mármoles, los florones y las estípites, la ciudad se levanta airosa y dorada como la imagen de la fe coronando la apoteosis del sagrario de San Mateo, en la ceguera del amor eucarístico; o marca para siempre con vuestro nombre santo, Señora del verano de las mieses, el sol radiante que centra la bóveda ante vuestro altar en ornato frutal de querubines.

Te he puesto como un sello sobre mi corazón, el amante divaga en el *Cantar de los Cantares* y ese sol de Araceli es la señal grabada de un idilio ininterrumpido, de un diálogo amoroso que espera impaciente el día de vuestra bajada en el abril de los azahares, ante la Puerta de la Mina. Porque también, Señora que tenéis la promesa en los brazos, dijisteis por los labios del Levítico: *caminaré entre vosotros y vosotros seréis mi pueblo.*

Señora de los campos, Santa María de Araceli, Señora de las provincias y los pueblos lejanos, de los horizontes amplios que cercan vuestro monte, todo él agreste pedestal y templo, el ara viva del cielo, donde quisisteis erigir vuestro oratorio, casa de oro en la cumbre de las oraciones que os llaman bienaventurada, con el sol de los tiempos humillándose a diario en la cal de tus muros, señora de los amaneceres y delos ocasos, todo el monte palpitando gigante con el corazón generoso de Lucena, palpitando por vuestro amor, Señora de las siembras prodigiosas en el yermo de almas.

Vuelve a nosotros esos tus ojos de misericordia en esta mañana de octubre que os trae en ofrenda la bandeja de los frutos con los alimentos sacramentales: el trigo en gavilla de orfebrería y bendiciones, la vid en verde gajo embriagante de eternidad, la alcuza pequeña de la oliva derramando la compasión. Pero Tú, Señora florecida en la abundancia de los dones, nos entregas a tu Hijo en carne del pan cotidiano, en la sangre del vino en la pisa de los lagares, en el óleo santo y extremo que unge los sentidos cuando abres, materna, la puerta del cielo.

A Ti clamamos para que alejes la sequía y las borrascas, Señora de labrantíos celestes, de los hombres que labran la tierra, que abren los surcos en el rito repetido de la sementera, que esponjan los terrones albarizos para que el viñedo grane y los sarmientos acodalen el peso del racimo pródigo, que ahondan en las capas del suelo afianzando las cepas del olivo, la gloria del olivo creciendo a tus pies como el ramaje umbroso de la parábola donde se posan las aves del cielo.

Mira, dulce Señora de la heredad gloriosa, ante Ti la dilatada comarca en la que reinas, con el otoño arrodillado en su azafate de lluvias, pleno de los otros frutos del terrenal sustento: el limón y la cidra, brasa de las naranjas en el verdor húmedo de las hojas, el áspero membrillo y el coral de los higos, los nísperos acedos y el dulzor de rubí de las granadas, la bujeta cerrada de castañas y nueces, todo este huerto cerrado de vuestra letanía, edén andaluz en el que por tu gracia y privilegio vivimos.

¡Qué abundosa vuestra cosecha henchida de dádivas! Magnánima Lucena levanta capillas, cúpulas, camarines, donde las yeserías se desbordan

con el arrebato del barroco y sobre las molduras y los mármoles, los florones y las estípites, la ciudad se levanta airosa y dorada como la imagen de la fe coronando la apoteosis del sagrario de San Mateo, en la ceguera del amor eucarístico; o marca para siempre con vuestro nombre santo, Señora del verano de las mieses, el sol radiante que centra la bóveda ante vuestro altar en ornato frutal de querubines.

Te he puesto como un sello sobre mi corazón, el amante divaga en el *Cantar de los Cantares* y ese sol de Araceli es la señal grabada de un idilio ininterrumpido, de un diálogo ~~ante~~ amoroso que espera impaciente el día de mostrar bordada en el Brial de los arcángeles. Porque también, Señora que teneis la promesa en los brazos, dijisteis por los labios del Levítico: *caminaré entre vosotros y vosotros seréis mi pueblo.*

PATIOS

(incompleto)

Excmos. e Iltmos. Srs. Señoras, Señores , amigos todos.

Tendría que repetir lo ya dicho en ocasiones similares a esta de hoy. No soy yo el intérprete idóneo para cantar, como se dice en estos llamados pregones el "tipismo", entre comillas, de los patios cordobeses. Siento, por vosotros y por mí,(el excelente escritor Rafael Pérez Est trada dice que los poetas seremos juzgados por nuestros pecados de pregón) que el Ayuntamiento ~~se~~ No haya ACERTADO al designar tan mezquino orador, tan poco entusiasta, tan enemigo de la equivocada exaltación qu se hace de las fiestas populares, de tanta alharaca colorista y foránea como se cuelga sobre el excelso muro o la cal neta de un patio de de vecinos. Por los demás es un honor que emocionadamente agradezco al elegirme para este primer acto de elogio de los patios. Y como los antiguos predicadores, convencido de mi parvedad, me encomiendo a nuestro patrón laico D. Luis de Góngora,presente y representado en este Alcázar por el mosaico de Polifemo y Galatea.

Mas la Córdoba de hoy no respeta a la Córdoba de ayer. La mejor manera de preparar a un pueblo es hacerlo sensible, ~~peor~~ pero una cruel arquitectura envolvente y deshumanizada va aislando al hombre a una celda cerrada: la de su propio habitat cada día más ingrato. La influencia que ejercen los espacios construidos por la técnica sobre el hombre es innegable y las barriadas colmena, las plazas duras, los templos nuevos de los centros comerciales, no son precisamente el ideal a seguir. Con Angel Ganivet entendemos que la ciudad es el símbolo de una forma de ser y de sentir la vida.

Pobre manera de ser y de sentir cuando la ciudad histórica la vemos en continuo proceso de degradación, auspiciada a veces la destrucción por los que mejor debieran custodiar sus valores. Viene de antiguo esta falta de conciencia colectiva que, al apreciar nuestra verdadera identidad detenga la ola de transformaciones. Ya se lamentaban Ramirez de las Casas-Deza, los Ramirez de Arellano etc y Antonio Jaén escribía que el siglo XIX había sido para Córdoba de un vandalismo depredador y añade que tenemos la obligación de salvar lo que quede y recoger el alma de la ciudad. Con excepciones notables de conservación el asolamiento ha proseguido creciente, las más de las veces en nombre de un progreso ~~panfle~~tario o de una ~~trasnochada~~ trasnochada vanguardia. El crecimiento de la ciudad con habitantes de aluvión, la ninguna formación educativa en el cariño hacia lo nuestro, la ignorante indiferencia hacia la ciudad de destino cuyo únicos parangones fueran - ¡ que sarcasmo! - Atenas o Bizancio han contribuido al desarraigo total de leyendas, mitos, devociones, en definitiva todo lo que hacía el cuerpo de ciudad y nos hemos quedado sin raices propias, imitativos de todo relumbrón que venga de fuera. "La indiferencia del ciudadano respecto ~~respecto~~ a su urbe como biografía de su propia historia es total". Y peor si se apela a seculares tradiciones porque la reacción es el estancado senequismo tabernario o presentar a los islámicos califas en una carroza de carnaval o de romería, que aquí todo se confunde.

Sería demasiado doloroso hacer una elegía de la destrucción. Tomemos solo la autoridad de Pérez Galdós cuando escribe:"Córdoba, la ciudad de Abderramán, la Meca de Occidente, la que fue maestra del género humano, la vieja andaluza...ya sin Zahara, sin academias, sin pensiles. ciudad que hasta en los más pequeños accidentes lleva el sello de los siglos; tortuosa, arrugada, defendiéndose de la luz como si quisiera ocultar su vejez...devota y coqueta a la vez porque cubre con su joyas las imágenes sagradas, y se engalana y perfuma aún con los jazmines de sus patios." Si Galdós es el pasado, Antonio Muñoz Molina es de Hoy:"Las únicas ruinas tristes de Córdoba son las actuales: esos ingentes caserones de los que solo las fachadas quedan en pie.".

Córdoba parece olvidar demasiado tiempo, en su estar de vuelta abúlic e ignorante ese pasado-"Solo a través del pasado se explica el presente", escribió Ortega- que no se centra en un tipismo ramplón sino en un ayer de grandeza, de universalidad, de cumbre. Priva lo pueblerino sobre ese destino universal y la vanguardia lugareña deja su coz en el mismo recinto histórico."Hay quién desearía que Córdoba no tuviera historia" DIJO RECIENTEMENTE FELICIANO DELGADO y cada día es un paso más hacia ese holocausto de olvido.La torre que corona el dorado Arcángel con andamiajes y ensabanada año tras año,los templos fernandinos y barrocos ruinosos, los barrios antiguos enmascarados para escenarios de"andaluzadas".. Cultura es todo aquello que no destruye,pero los desmanes últimos en la Juderia, el aniquilamiento de los pórticos basilicales en Cercadilla para construir una estación que estará desfasada apenas pasen años porque la técnica es imparable TRAEN de nuevo a la memoria la frase amarga de Carlos V al Cabildo Catedral:"Haceis lo que puede haber en otras partes y habeis deshecho lo que era singular en el mundo". Desde este hoy que no mira al ayer nos acordamos de la amargura del verso de D. Antonio Machado :"para que no acertara la mano con la herida.."

La manipulación consciente o inconsciente hace que la ciudad no se encuentre a sí misma. El atropello avanza como una mancha de aceite,

Y Lo que era el recinto declarado como monumento histórico-artístico cada día se empequeñece, y ya sólo se habla de alrededores de la Catedral-Mezquita. Y aun en estas cercanías, la desolación aflora en Cardenal González, y en la sobriedad de cal y naranjos de la calleja de la Hoguera se alza ahora, esperpéntica, una edificación pseudo-árabe que más bien parece decorado de caseta de feria. La intervención en la plaza de Judá Leví nos sonroja, no porque lo que hubiera mereciera ser conservado, sino por el impropio lugar que ocupan esas superficies acristaladas, esa estética de la máquina y la tecnología que se nos vende como vanguardia lo que era realmente nuevo en Colonia y en 1914.

¿Para qué seguir? Las heridas son recientes a cada paso que demos. Historicismo, horterismo y evolución se disputan el suelo de una ciudad átona que del adormecimiento ha pasado al coma.

Esa ciudad ensimismada más para el pensamiento que para la acción que viera el Dr. Castilla del Pino y de quien recojo estas palabras: "Quiero simplemente llamar la atención sobre que no es permisible -perdón, no debiera ser permisible- que una ciudad se destruya ante nuestros ojos".

ESTE ES EL CIEGO SUICIDIO CORDOBÉS.

Algunas tardes, en mis paseos de peregrino en mi patria me he acercado hasta la estatua de Averroes junto a los torreones de la muralla, en el lugar que antes fuera Huerta del Rey. Allí, absorto en la piedra, sentado más en la postura de su cargo de cadí que de filósofo, mucho tiempo desmarcigado por pechuga impía, espera pacientemente esa Yanja edénica que es el paraíso musulmán de los ríos de leche y las huríes turbadoras, lo que, tal vez, no le interesara demasiado desde su descreimiento racionalista que lo emparenta a Ernest Renan, su biógrafo y estudioso. Por otra parte siempre estuvo en mi casa un pequeño grabado que muestra la cabeza atormentada del médico-filósofo. De la indumentaria, tanto del grabado como de la estatua, no sé que diría el más famoso de los arabistas, el holandés René Dozy en su tratado de los trajes usados entre los árabes.

Nunca adiviné que un día, esta noche, se me distinguiera con la áurea medalla del pensador exégeta que inmortalizara un aire griego que venía de Grecia en la larga noche medieval. Él era un griego, o tal vez

sido un andaluz en días de intolerancia, tan tristemente y repetidos a través de nuestra Historia: como tantos exiliados moviría rejas de Córdoba y de su excelso "la figura más importante de su siglo", según Zubiaurre.

Y debo y agradezco vivamente este premio a unos hombres buenos, a la Asociación Profesional de Visitadores Médicos, preocupados no sólo en su quehacer diario sino tratando de conseguir para la ciudad la altura humanística que siempre la hizo brillar como estrella en lo oscuro, como preclara Atenas de occidente.

Llega hasta Duero, en la voz de los poetas, la aroma clara de Medina Azahara, las últimas luces de un crepúsculo ya apagado. Devastada, saqueada, incendiada, la ciudad amada por los Omeyas muere joven a manos de los bárbaros. Libros y rosas son talados por las hachas feroces y la sangre cae sobre los mármoles rotos, se precipita con los atanores y tiñe los estanques. Mas por ese reino de ruinas, la voz fantasmal de los poetas [illegible] se elevará para siempre en surtidor de lágrimas. Es el siglo de oro de la poesía

cordobesa. Y será Ben Suhaid el que pregunteará errante: ¿Δ quien predirem noticias de Córdoba? No hay entre las ruinas quién me hable de los amigos... Y Ben-Hazana: Si ahora nos aplaga, durante mucho tiempo nos alegró su música ~~días~~.. Y Ben Zaydun: Δsi fueron los días deliciosos que ya pasaron.. Y Ben Guzman: ¿donde fue el bullicio de las mezquitas? Δquellos poetas que Emilio García Gómez viera como "moros vestidos de blanco, conversando entre los pórticos blancos de Córdoba, aficionados a los cisnes y enamorados de mujeres rubias". Eran los precursores de "Cántico".

Respira aun la Córdoba de Δverroes el esplendor pasado, y el parto cortesano, para el árabe sobrio quedará reducido al patio y el arriate de geranios, al pozo de aguas dulces, al entrevolar de unas palomas. Nos lo contará, pictorico y real Jorge Luis Borges, sorprendiendo al filósofo cuando escribe en el entorno de su cara: "Δbajo estaban los jardines, la huerta; abajo el atareado Guadalquivir, y después la querida ciudad de Córdoba, no menos clara que Bagdad o El Cairo, como un complejo y delicado instrumento. Y adivinaba ~~se~~ se dilataba hacia el confín la tierra de España".

Una madrugada, vigilado en su destierro de Marruecos, muere Averroes. Aquella noche, inquieto, había vigilado el ostrónomo un cielo de fugaces luces que se apagan. Su voz, que decían oltanerva va acallándose. Su andar, que decían soberbio se detiene para siempre. Pero esa voz, que es ya más una línea en la sombra del silencio, ruega un último deseo: volver a Córdoba. Y la leyenda crece incendiando hogatas a un lado y al otro del Estrecho: una mula de carga, cubierto el bagaje por un paño fúnebre, lleva, como balanza de justicia, en uno de sus flancos el ataud con el cuerpo inanimado y en el otro el cajón donde se apilan los libros. La mula - barco que cruza tenebroso, tierra seca de pedregales, muebles al alba de la col - llega a Córdoba por los caminos de la arriería. Al abrir las cajas el ~~[illegible]~~ alma de Averroes ~~[illegible] que él no escribió~~ - de la que él declaba - se posa como una mariposa blanca sobre los libros. Córdoba amanecía.

AVERROES

"Dec'la Ortega y Gasset, tan poco leido ahora, tan pasado de moda, que el hablar, el autentico hablar se compone principalmente de silencios". Virtud otro tiempo tan cordobesa esa del sigilo que hasta se le dedic'o una calle : Calle del Silencio.C'ordoba callada nos aprecio Manuel Machado. Mas los cordobeses de esta noche, que son cordobeses de siempre, bien han sabido hablar y hacerse oir desde las distintas disciplinas cultivadas desde las diversas estancias que, unidas, se afanan en elevar un edificio armoniose : Cordoba.

Ysi que es dificil el enlace y el entramadode tan dispares elementos: economia, deporte,entidad cultural,politica,agricultura,medios de comunicacion,universidad, valores humanos,o.n.c.e., cancion, donantes de sangre. Arcos de los saberes distintos en una ciudad de arcoslucidos abiertos por donde pasa el libro de la historia y donde alienta la voz de honda g gruta visceral, de odre del llanto de Juan Moreno Amaya"El Pele".

Pero todos somos Cordoba y siempre hemos sabido la formula, que es la tolerancia, para levantar erigir ese edificio comun. Sobre los arcos califales se levantaron las nervaduras goticas, las cornisas del Renacimiento, la gloria de nubes del barroco; pero bajo la traceria de lo árabe están cegados los batisterios visigodos, los atrios romanos, el pedernal rudo de lo ibérico, firme como raiz bajo la tierra augusta. Y si a'un nos adentramos más en el misterio encontraremos unas estelas, unas vasijas, unos lucernarios, de otras culturas, de otras aangres.

De todas esas savias se nutre como una rara flor hermosa Córdoba. Es un injerto delicado donde cada pueblos puso su colectiva sabiduría, su arrogancia vehemente,su ara movible para los dioese dioses múltiples. La familia cordobesa no lo es porque biológicamente aquí naciera, si no porque de alguna manera participa de esas culturas pretéritas, de esos ideales que gravitan sobre lo meramente orgánico. El paso de un instante eternidad proclama y nada de lo que ha sido se pierde.

Mas una historia incendiada de esplendor donde combaten parejas las armas

y las letras, una galería de antepasados insignes como los que ornan de laureles este salón príncipe, no justifica una abulia torpe, una larga siesta junto alG Guadalquivir sonoro. El futuro de la ciudad, la Córdoba de los venideros es tarea por hacer y como decía Nit Nietzche la patria no es la tierra de los padres si no la de los hijos. Esa enigmática Córdoba del porvenir sonríe entre los velos como una sibila délfica que sabe y oculta su destino. Ynos acordamos de Azorín y de sus "Horas de en Córdoba:"¿ Donde está el artísta que recoja el alma de esta ciudad? Al hacerlo tendría que expresar este concierto profundo de las cosas,esta compenetración de matices íntima de los matices,esta serenidad,este reposo, este silencio, esta melancolía." ¿ Sabrán los cordobeses de otros años elevar esos arcos de que hablaba antes, mirando al futuro sin miedo pero sin perder el pie firme sobre la basa de mármol, las teselas de un pavimento, el fundamento empedrado de un patio? ¿Sabrán armonizar el todo como hicieron los alarifes en el enlazado de arcos de la capilla de Villaviciosa? Porque un tiempo confuso parece que se cierne sobre la ciudad prócer y anhelos de vanguardias aldeanas junto a la destrucción y la ruína de alguna de sus más preciadas reliquias nos dicen del desamparo presente. Mas para una ciudad tan vieja como la nuestra, maestra del tiempo, el pasado y el futuro son caras de una misma moneda. Lo important es que esas caras coincidan y no sea la una caricatura de la otra, ni crezca lo nuevo en el arrasamiento del perfil genuino que nos individualiza. C'ordoba es ante todo un modo de vivir y de entender. Durante siglos se construy'o para ese especial temperamento conforme con la índole de sus habitantes y mucho de esto hay en el callej'on tortuoso, en la plazuela recogida o en el patio de albahacas entrevisto. La campana del abad Sansón sonante por los siglos en colmenas monásticas, el ciervo de Azahara vertiendo su agua sobre jardines felices o el torso desnudo de m'armo palpitante nos advertirá que nada de esto nos es ajeno y que esta es nuestra casa con esos largo corredores que llevan a la historia. Lo enemigo, lo hostil, lo terrorífico seran esas f'abricas descarnadas que archivan familias como las bovedillas en un muro de muertos.

Termino con una cita de Borges: abajo estaban los jardines, la huerta, abajo el atareado Guadalquivir y despues la querida ciudad de Córdoba no menos clara que Bagdad o que El Cairo, como un complejo y delicado instrumento".

Ese complejo y delicado instrumento que entregaremos, quizá desafinado por el entumecimiento ignorante, a los cordobeses de otros años. Ellos sí sabrán de su armonía.

Señoras y Señores, en nombre de todos los cordobeses premiados, muchas gracias.

Termino con una cita de Borges: abajo estaban los jardines, la huerta, abajo el atareado Guadalquivir y despues la querida ciudad de Córdoba no menos clara que Bagdad o que El Cairo, como un complejo y delicado instrumento".

Ese complejo y delicado instrumento que entregaremos, quizá desafinado por el entumecimiento ignorante, a los cordobeses de otros años. Ellos sí sabrán de su armonía.

Señoras y Señores, en nombre de todos los cordobeses premiados, muchas gracias.

PRÓLOGO

En cualquier diccionario de símbolos se nos dice que el libro es el mundo o la vida. Lo que no es mal inicio para acercarnos a una bibliografía. Una bibliografía, además, de una ciudad precisa a la que llamanos Córdoba. Tanto como decir que en estas páginas está el mundo en el que se desarrolló la vida de unos hombres que nos dejaron el testimonio de su paso, enlazados los símbolos de la circunstancia que rodea al hombre y de esa interiorización que guardamos recoleta. Gracias a una bibliografía podemos saber qué era ese ambiente que en nuestra memoria es Córdoba y cómo eran los frutos que condicionaba, o, si se quiere, bios y ambi–bios: la vida y lo que la rodea. Porque la criatura mortal que es el hombre, pasa, pero le sobrevive la página escrita, cuando más si está impresa. Augusto Haro, en 1873, escribió sus *Wanderings in Spain* y vió a Córdoba como la ciudad de la muerte. Tanto como no ver lo que tiene de vida, que no son los mendigos tendidos en las gradas de las iglesias, sino todo aquello que hace ser inconfundible a la ciudad: cosas que entran por los ojos más cerrados, y sutilmente, se allegan al alma por caminos estrechos. No otra cosa son los libros. El mendigo harapiento podrá ser una imagen actual del pasado fugitivo (la muerte acechante contra todo lo nacido), pero el alma de una ciudad no es eso, sino lo que –como la del hombre– es inaccesible para las gentes que caminan con prisa. Somos proclives a la

impresión momentánea y no buscamos las verdades más íntimas, que ellas son resultado de trato y de amor. Lo que no cabe en las guías apresuradas ni en la peregrinación fugitiva.

Hacer libros como el de José Luis Escudero es recuperar lo más valioso de una ciudad, porque es tanto como salvar, amorosamente, el espíritu de sus mejores hijos. No basta con que suene la trompetería celeste para que el alma se arregoste en el cuerpo perdido, ahora hay que buscarla, encontrarla, situarla en un mundo menesteroso. Tareas que exigen mucho tiempo y –¡ay!– mucho esfuerzo y, uniéndolos, mucho amor. Si todo ello acude solícito o reacio a la llamada es motivo de devoción y de amor para que las cosas se cohonesten y no queden convertidas en los montones de cascotes rotos que hay en las ruinas. Tal ha sido el quehacer de Escudero López, recoger las teselas dispersas del mosaico, ordenarlas, darles sentido y soplar sobre ellas el aliento de una nueva epifanía. Porque todo estaba en un manuscrito de Enrique Vaca de Alfaro, todo quiere decir unos matacanes de derribo y muy poco más. Ha sido necesario buscar y rebuscar lo que parecía perdido para que naciera a una nueva vida y dar sentido en la historia a los grandes hombres que, por su ejemplaridad, encontramos señeros en su grandeza y olvidamos las raíces que los alimentaron. Pienso por ejemplo en Juan de Mena, cordobés, sí, pero ¿qué era la Córdoba de mediados del siglo XV? Y ahora, todo aquel mundo inmenso que está en el *Laberinto*, lo entendemos en una circunstancia que le permitió ser. Si de aquí pasamos a la bibliografía, nos sentiremos abrumados por el acopio de erudición que significa seguir la otra vida del poeta, en definitiva, la

más auténtica: la que tienen en sus versos copiados o impresos en más de noventa testimonios. Digamos cuánta diligencia significa ordenar esos motivos, y los de la crítica, y los de las heterogéneas bibliografías. Se me dirá que es Juan de Mena. Pero ¿cuánto afán ha hecho falta para situarnos a Gonzalo de Ayora como criatura viva o a Alfonso Guajardo o a Fray Jerónimo de Alfaro?

Identificar a los hombres y a las obras que crearon es el resultado de muy esforzada dedicación, pero no digamos que bizantina, porque se especula con hechos concretos y con hombre de carne y hueso. En este valle de Josafat que José Luis Escudero ha resucitado, cada criatura aparece en su triunfo más logrado. Si nuestros varones se llaman Fernán Pérez de Oliva, Juan Rufo, Juan Ginés de Sepúltveda, Luis Cabrera de Córdoba, Luis Carrillo y Sotomayor, Luis de Góngora, Pedro Cárdenas, toda la información que se aduce es de importancia sobresaliente. La resurrección es un nuevo prodigio y la ciudad recupera el alma que permanecía oculta. Ya no estamos entre haraganes y pordioseros; la vida es también la correspondencia con esos varones doctos que ennoblecieron la ciudad.

Las grandes almas que la muerte ausenta,
de injurias de los años, vengadora,
libra, ¡oh gran don Josef!, docta la emprenta.
En fuga irrevocable huye la hora:
pero aquélla el mejor cálculo cuenta
que en la lección y estudios nos mejora.

Imposible mayor acierto. Don José Luis Escudero ha estudiado y ha salvado muchos libros de la muerte. Pero con los libros ha salvado a los hombres que los escribieron. Dolor y consuelo. Saber que nuestras criaturas nos sobreviven, pero, gracias a ellas, nos sobrevivimos. Repasar todas estas páginas nos trae un asomo de ternura: los hombres vuelven a vivir por aquellas obras que hicieron y en las que esperaron ser hechuras duraderas. Identificar las obras es tanto como eternizar a sus creadores; identificar a los hombres es devolverles su nombre en la memoria de Dios. Vuelven a ser criaturas y no sombras inanes. Lo dijo Isaías. y el bibliógrafo de hoy ha sido tornavoz de los trenos del profeta y, con los libros de sus hijos, ha devuelto a Córdoba un pedazo –y no el peor– de su alma eterna.

Manuel Alvar
De la Real Academia Española